

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 117

*Las
Galápagos
en la
literatura*

*María Dolores
Vasco Aguas*



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Las Galápagos en la literatura

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 117

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR
Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL
Roca E9-59 y Tamayo • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 255 4358, 255 4558 • Fax: ext. 12
www.cenlibrosecuador.org • cen@cenlibrosecuador.org

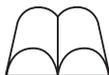
María Dolores Vasco Aguas

Las Galápagos en la literatura



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

20 años



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Quito, 2012

Las Galápagos en la literatura

María Dolores Vasco Aguas

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 117

Primera edición:

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Corporación Editora Nacional
Quito, diciembre de 2012

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Armado:

Mosca estudio gráfico

Impresión:

*Taller Gráfico La Huella,
La Isla N27-96 y Cuba, Quito*

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
978-9978-19-511-6

ISBN: Corporación Editora Nacional
978-9978-84-649-0

Derechos de autor:

Inscripción: 040280

Depósito legal: 004876

Título original: *Las islas Galápagos en la literatura*
Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura,
con mención en Literatura Hispanoamericana
Programa de Maestría en Estudios de la Cultura, 2008

Autora: *María Dolores Vasco Aguas* (correo e.: doloresvasco@yahoo.com)

Tutora: *Alicia Ortega*

Código bibliográfico del Centro de Información: T-0542

Contenido

Introducción / 13

Capítulo I

Islas Galápagos: contextualización socio-histórico-cultural / 17

Capítulo II

Las islas Galápagos en la visión romántica / 31

Herman Melville, *Las Encantadas*: un ballenero mira los dos lados de la tortuga / **33**

José Ortega y Gasset, «Galápagos, el fin del mundo», en *Espíritu de la letra*: iguanas con un *no sé qué* de más humano / **36**

Paulette E. de Rendón: una «Robinson» lee *Nuestra América* en *Galápagos, las últimas islas encantadas* / **38**

Efraín Jara Idrovo: latir al unísono con *El mundo de las evidencias* / **43**

Alicia Yáñez Cossío, *Más allá de las islas*:

mirar, sin prisa, el alma de las cosas / **46**

Capítulo III

Las islas Galápagos. Entre la visión infernal y el proyecto utilitario / 51

Manuel J. Cobos y la *bárbara* agenda de «El Progreso» / **52**

Floreana no rinde pleitesía a la baronesa Wagner / **63**

Colonia Penal: huir del infierno de *Basalto* / **70**

Galápagos: la pos Apocalipsis de los cerebros voluminosos / **75**

Conclusiones / 79

Bibliografía / 81

Anexo / 85

*A Elda Edith San Miguel Ramírez
y a María Ercilia Ramírez Díaz.*

A Guillermo, Mireya, Ximena, Isabel, Gabriela y Karla por su apoyo incondicional.

A la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, en las personas de Alicia Ortega, Raúl Serrano, Fernando Balseca, Pablo Ospina y Martha Rodríguez.

Observatorio geonómico, Monte Palomar invertido, probeta de los ensayos in vitro vitae de la sabiduría de las fuerzas naturales, las Galápagos fueron, lo son todavía, un laboratorio vuelto sobre sí mismo, una suerte de naturaleza pensante. De ahí su hechizo. Y por esto Darwin vino, vio y venció siglos de prejuicio. No tuvo sino que leer entre grietas.

Simón Espinosa C.,
Las grietas del obstinado olvido

Introducción

Las islas Galápagos o el Archipiélago de Colón han generado interés mundial para las ciencias naturales y el turismo, a partir de los hallazgos de Charles Darwin, publicados en 1859. Desde entonces las islas han devenido en laboratorio natural de la Teoría de la Evolución. Se ha privilegiado su estudio desde la matriz cultural occidental, deseosa de conservar y escudriñar conocimientos exóticos y fascinantes. Sin embargo, a partir de 1980, las ciencias sociales han ocupado también un lugar importante en la tarea descifradora de este lugar único en el mundo.

Por su parte, otros ámbitos culturales como pintura, canciones, escultura, fotografía, cine, televisión, publicidad turística, periodismo, crónica y literatura permiten comprender con qué ideas se ha asociado al Archipiélago de Colón a lo largo de su historia humana, desde su descubrimiento español en 1535 hasta la actualidad. En función de los usos que han significado para quienes las visitaron, antiguamente se tomaba a las islas como lugar de naufragio, de condena infernal, de refugio o de abastecimiento, mientras que en tiempos recientes se las relaciona con un paraíso y como un recurso.¹ De toda esa multiplicidad de lecturas posibles sobre las Galápagos, me interesa indagar cómo ellas han sido leídas, representadas e imaginadas desde la literatura producida por un conjunto heterogéneo de autores ecuatorianos y de otros países.

Para este objeto, he seleccionado 12 obras literarias a partir de las imágenes que proporcionan a los lectores acerca de «Las Encantadas». Algunos de los textos derivan de experiencias personales directas en las islas (los de Herman Melville, Paulette E. de Rendón, Efraín Jara Idrovo y Antonio Constante), y otros parten de las narraciones escritas u orales de otros para elevarlas a un singular plano filosófico-creativo (José Ortega y Gasset, Georges Simenon, Gustavo Vásquez Hurtado, Juan Francisco Donoso Game, Enrique Freire, Kurt Vonnegut y Alicia Yáñez Cossío).

1. Pablo Ospina, *Galápagos, naturaleza y sociedad. Actores sociales y conflictos ambientales en las islas Galápagos*. Quito, Corporación Editora Nacional (CEN) / Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, (UASB-E) 2006, p. 52.

Contrario a lo que se podría pensar, es posible hallar más obras literarias que se refieren al campo semántico de las islas Galápagos (novelas, cuentos y poemas). Además existe un corpus testimonial, tanto de colonos ecuatorianos como extranjeros, otros relatos de viaje poco difundidos, así como compilaciones de leyendas y tradiciones isleñas.²

He tomado como punto de partida la ponencia «Las islas por fuera: Galápagos y la imaginación literaria» de Fernando Balseca.³ Gracias a la ayuda de más personas vinculadas, de alguna forma, con el Archipiélago de Colón, la propuesta inicial se amplió inesperadamente, por lo que se hicieron necesarios criterios de selección. Decidí privilegiar aquellas donde la relación entre ser humano y naturaleza resultaba más dramática y, sobre todo, crítica; donde podía encontrar *algo más* que mero asombro por un paisaje primigenio. Paralelamente, en historia y literatura galapagueñas resonaban dos nombres propios: Manuel J. Cobos y su hacienda «El Progreso».⁴

A medida que exploraba gran parte de ese corpus, fui detectando ciertas ideas recurrentes y en estrecha relación (visión romántica, proyecto utilitario, condena infernal), a las que denominé «ejes representacionales», en razón de que me permitieron, a modo de brújula, organizar aquel numeroso hallazgo.

De todos los autores ya mencionados, el más conocido en el ámbito internacional es Herman Melville, autor de *Las Encantadas* y, dentro de Ecuador, Efraín Jara Idrovo, cuya obra poética se halla nutrida del campo semántico insular. Las obras de ambos autores han merecido ya amplios estudios de la crítica literaria. Sin embargo, el resto de obras enumeradas no ha sido destacado, ni analizado desde la perspectiva literaria,⁵ pese a su inestimable valor cultural. Esta tesis agrupa, desde la visión romántica y entre la visión infernal y el proyecto utilitario, algunas de esas obras literarias que tienen mucho que decir sobre esa región natural y cultural,⁶ cada una con su estilo propio. Intento aproximar a los lectores a las «lejanas» **islas Galápagos, no desde las ciencias naturales ni las ciencias sociales** –que sobre ellas las coordenadas ya están trazadas– sino desde la literatura, una perspectiva que ha sido relativamente poco explorada.

2. El anexo enlista las obras a las que me he referido.
3. Presentada en el Coloquio Científico Internacional Galápagos: «Ciencias Sociales para una sociedad sostenible. Hacia un foro permanente de reflexión sobre la sociedad galapagueña», Quito y Santa Cruz, UNDP / UASB-E / FChD / INGALA / PNG / Programa Araucaria XXI AEI, 1 de agosto de 2006.
4. En principio, consideré dedicar un capítulo exclusivo sobre este personaje.
5. Más allá de una reseña aislada en alguna revista literaria o portal electrónico, en los más felices casos.
6. Del Ecuador, del área andina y del mundo entero.

Valga aclarar que este estudio parte de la idea de que toda producción estética escrita, sin abandonar su valor intrínseco, emerge de un contexto social, histórico y cultural específico. En tal virtud, he dedicado el primer capítulo a una contextualización para señalar de qué modo las obras escogidas se insertan (o no) en la historia humana galapagueña. Considero que las imágenes empleadas para narrar o poetizar un espacio permiten interpelar cómo se lo ha percibido a lo largo del tiempo. Así pues, sin la historia humana insular, donde la realidad supera la fantasía, algunas de las obras literarias que forman parte del corpus seleccionado constituirían realmente un prodigio de la imaginación. A su vez, sin literatura que hable sobre las islas, la historia humana no habría sido la misma; por eso en algún momento me referiré a determinados textos como sus «ímanes bibliográficos» que han logrado captar la atención mundial.

Adicionalmente, me permito indicar que ese poder literario de atracción ha potenciado incluso el surgimiento de un campo de estudio especializado en las islas, desde una perspectiva que abarque aspectos físicos, sociales y culturales. Al respecto, Francisco Avella, geógrafo contemporáneo, aclara que:

Se necesitó una especie de «boom» intelectual sobre las islas para ser conscientes de lo que se sabía desde Darwin: que las islas eran «cosmos en escalas muy pequeñas», cada uno muy diferente de los otros, que –como en el caso de las «islas Encantadas» de Melville– los marineros veían pasar desde sus barcos pensando en quién sería el naufrago que las habitaba [...] Solo con el desarrollo de la ecología y *el gran deseo de exotismo* de los países temperados, acompañado del *cambio de percepción* sobre una *naturaleza* finita que era necesario conservar ante el gran derroche de recursos que los modelos desarrollistas imponían al mundo, *la isla vuelve a ocupar un espacio en el imaginario occidental* hasta el punto de adquirir el estatus de paraíso tropical tanto desde el punto de vista turístico como científico.⁷

En efecto, las islas –a secas– estuvieron presentes en el imaginario occidental desde mucho antes de la publicación de *El origen de las especies* (1859). No obstante, de la aclaración citada se desprende que el bullicio del desarrollo volcó la atención de estudiosos y legos de países temperados hacia las urbes, la industria, la técnica, el comercio a escala mundial, dejándolas a un lado –en tanto espacios dignos de igual grado de interés que los avances tecnológicos–. Asimismo, el proceso desarrollista aludido derivó en la búsqueda de *otredades* geográficas no-urbanas; búsqueda que, siguiendo a Avella, terminaría por cambiar

7. Francisco Avella, «Islas: espacios y territorios», en *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001, p. 689 y s. Las cursivas son mías. De paso menciona a Melville, corroborando la tesis de que un texto literario deviene poderoso al proveer imaginarios en torno a determinados espacios.

el estatus de las islas (*sus imaginarios*). Y así, de parajes inhóspitos sin mayor atractivo, pasarían a encarnar el anhelado «paraíso tropical», capaz de aplacar el «gran deseo de exotismo». Pero las islas no solo serían objeto de admiración por su carga edénica. Se las vería también como objeto de transformación que las haga cómodamente habitables y, sobre todo, ilimitadamente explotables.

CAPÍTULO I

Islas Galápagos: contextualización socio-histórico-cultural

—No me habías dicho nada.

—Ahora te lo digo. Me voy a las Galápagos, al fin del mundo, a vivir como un anacoreta, entre pájaros, reptiles, focas y pulpos gigantes. Allí estableceré mi paraíso. El clima es magnífico y el paisaje, incomparable. He leído mucho sobre las islas y creo que nunca terminaré la bibliografía.

—También yo he leído sobre el archipiélago. Siempre me ha interesado. ¿Por qué no me llevas?

Gustavo Vásconez H.,
*La isla de los gatos negros*⁸

Las Galápagos, dentro y fuera del Ecuador, han suscitado la creación de una gran cantidad de productos culturales de todo tipo, cuyo resultado ha devenido en una vasta red —he leído mucho sobre las islas— de lecturas, imaginarios, representaciones del archipiélago que dialogan entre sí. Podría decirse que de un silencio histórico —no me habías dicho nada— se ha dado el salto a la proliferación de un sonoro conjunto de autores que, desde distintos ámbitos del conocimiento humano, hablan en voz alta e incesantemente de este espacio «incomparable», **al punto de generar la impresión de inquietante inabarcabilidad** —creo que nunca terminaré la bibliografía—.

Me interesa compartir un fragmento de todo ese corpus, situándolo en una selección de textos literarios que, con distintos matices, tematizan «al fin del mundo»: los que ven en las Galápagos «pájaros, reptiles, focas y pulpos gigantes», **así como aquellos que observan algo más tras la bruma que pare-**

8. Diálogo entre personajes de la novela de Gustavo Vásconez H., *La isla de los gatos negros*, Quito, Quimera, 1982 [1973], p. 56. Citas que se remiten a esta edición (de esta misma editorial existe una traducción al francés). La primera edición de esta novela pertenece a Ed. Gráficas Espejo (Madrid, 1973) y la más reciente a Libri Mundi (1993).

ciera envolverlas con celo. Pero, antes de cumplir la petición –¿Por qué no me llevas?–, comenzaré por ubicar brevemente estas islas en el contexto en el que aparecen para la cultura escrita, puesto que la expresión –Siempre me ha interesado– oculta circunstancias poco azarosas: ¿a quién interesan las islas?, ¿por qué?, ¿desde cuándo?, ¿dónde o a partir de qué lecturas, relatos o experiencias surgió ese encantamiento?, ¿cómo las ha contado?, ¿qué aspectos de su conjunto ha seleccionado? y ¿cómo su percepción ha incidido en el curso de su trayecto desde el contacto con el ser humano?

En líneas generales, la historia humana de las islas Galápagos,⁹ desde el siglo XVI hasta el siglo XXI, da cuenta del predominio de una matriz cultural, la occidental, que ha visto en ellas un recurso natural con valor cuantificable, por su posición estratégica (piratas de galeones españoles, militares estadounidenses, traficantes de droga y «coyoteros»), **la riqueza marina (balleneros, atuneros, langosteros y pepineros)**, y la singularidad de las especies endémicas del archipiélago (científicos naturalistas y empresarios turísticos).

En las islas Encantadas no hubo asentamientos humanos permanentes de nativos americanos; sin embargo, por el hallazgo de cerámicas en ciertos sitios del archipiélago, en algunos textos acerca de Galápagos siempre se encuentra alguna alusión a culturas precolombinas (manteño-huancavilca, incásica) que probablemente dieron con las islas.¹⁰

Las fuentes historiográficas revisadas coinciden en señalar a fray Tomás de Berlanga como la primera figura que se encuentra con estas islas oceánicas y puede testimoniarlo en el continente –mediante código letrado occidental– a una autoridad política (Rey Carlos V), en el año de 1535. La crónica de Tomás de Berlanga es significativa en varios sentidos, puesto que, a partir de la descripción que realiza en torno a las islas, así como de las penurias que pasó su tripulación para conseguir agua y regresar al continente, se construye un imaginario desfavorable para los españoles:

Surto el navio, salimos todos los pasajeros en tierra, e unos entendían en hazer un pozo, e otros en buscar agua por la isla; del pozo salió el agua mas amarga que la de la mar; en la tierra no pudieron descubrir gota de agua en dos días, e con la necesidad que la gente tenía echaron mano de una hoja de unos cardos como tunas, e porquestaban como sumosas, aunque no muy sabrosas, comenzamos de comer dellas, e esprimillas para sacar dellas agua, e sacada parecía lavazas de legia, e bebianla como si fuera agua rosada [...] de la necesidad del

9. Las principales fuentes a las que he acudido con fines de contextualización histórica, geográfica y cultural son: Paola Sylva Charvet, Octavio Latorre, Christophe Grenier, Pablo Ospina y Hugo Idrovo.
10. José Antonio del Busto Duthurburu, *Túpac Yupanqui, descubridor de Oceanía*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2007, p. 64, 65 y 82.

agua se nos murió allí un ombre, e desde en dos dias que salimos de aquella isla otro; e murieron diez caballos [...] en toda la isla no pienso que hay donde se pudiese sembrar una hanega de mahiz, porque *lo mas della está lleno de piedras muy grandes, que parece quen algun tiempo llovió Dios piedras*; e la tierra que ay es como escoria, sin que sirva, porque no tiene virtud para criar un poco de yerba, sino unos cardones, la oja de los quales dixé que comiamos.¹¹

Con semejantes antecedentes, ¿tendría sentido interesarse en un sitio rocoso, sin habitantes, ni posibilidades de cultivo, tan alejado de donde sí se podía contar con todas las condiciones para explotar «naturales», oro, plata? Adicionalmente, esa fundacional¹² representación pesará durante largo tiempo y será aprovechada por otros actores históricos, pero pesará porque la mentalidad en la que se inscribía ese imaginario favorecía el enriquecimiento rápido de los conquistadores (valga recordar que tan solo habían transcurrido dos años desde el «diálogo de Cajamarca» entre Atahualpa y el padre Vicente Valverde). Pero, ¿qué hacía por las costas del Mar del Sur el dominico a quien se le atribuye la introducción del plátano¹³ en América?

Berlanga viajaba de Panamá a Perú, por delegación de la Sacra Cesarea Católica Maxestad, para intervenir en las disputas que generaba la ambición por los recursos del incario entre Pizarro y Almagro, delimitar la gobernación, examinar las cuentas e informar¹⁴ sobre la tierra y habitantes conquistados.

Desde el siglo XVII hasta inicios del XIX, *ladrones del mar*, por cuenta propia o auspiciados por británicos, holandeses y franceses, hicieron de las suyas en el Caribe y en el Mar del Sur. Algunos de ellos (como W. Cowley y W. Dampier) ocuparon esporádicamente las islas Encantadas para preparar el ataque a los galeones españoles, proveerse de tortugas y agua, repartir y/o disfrutar el botín. Estos usos se filtrarán en algunos de los textos literarios seleccionados para el presente estudio (ej. historias de piratas y tesoros escondidos). De esta época datan los primeros cerdos, vacas, caballos, burros, cabras,¹⁵ perros, roedores e insectos introducidos en el Archipiélago de Colón.

11. Octavio Latorre, *Thomás de Berlanga y el descubrimiento de Galápagos*, Quito, Nina Comunicaciones, 1996, p. 204-5. Las cursivas son mías. Se trata de la transcripción –respetuosa de la ortografía de aquella época– de la carta al rey del religioso aludido, con fecha 26 de abril de 1535.
12. Siguiendo la idea de que un lugar «no existe» si no ha sido registrado y contado por algún ser humano, podría decirse que las islas Galápagos «existen» a partir de la crónica citada.
13. Además del naranjo, limón, higo, sandía, melón, caña de azúcar, arroz, cebolla, perejil, culantro y habas. O. Latorre, *Thomás...*, p. 27.
14. «La mirada del navegante, su relato, las pruebas que traía consigo, todo ello exento de su contexto natural, transportaron un mundo desconocido [y] descompuesto en múltiples pedazos de realidad. El navegante aproximaba una evidencia difícil de asimilar», Isabel Soler, *El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno*, Barcelona, Acantilado, 2003, p. 108.
15. Existe un estudio antropológico que invita a repensar las categorías «introducido» y «endémico». Separa dos épocas: antes y después del conservacionismo. En la primera, «todos los ali-

Para fines del siglo XVII, con una ya naciente revolución industrial, surgió la necesidad de encontrar combustibles que permitieran movilizar la locomotora del *progreso*: el aceite de ballena sería la respuesta a esa demanda. Ingleses y norteamericanos¹⁶ dominaron la explotación de este cetáceo, que aprovecha las bondades climáticas y alimenticias del Pacífico Ecuatorial para la crianza de sus ballenatos. De este capítulo en la historia humana de las islas, destacan dos balleneros: el irlandés Patrick Watkins y el norteamericano Herman Melville.

De Watkins, primer colono de quien se tiene noticia, se conoce que

a comienzos del siglo XIX, habría pedido desembarcar en Charles [Floreana]. Durante años los balleneros se abastecen allí de legumbres y frutas cultivadas por Watkins, quien recibe a cambio ron y algunos dólares, antes de abandonar su isla decide dirigirse a Perú en 1809 [...] pero el irlandés no era otro Crusoe [a comparación del real que inspiraría a Daniel Defoe] pues, al permanecer por su propia voluntad en su isla reputada por inhabitable, probó que era posible cultivarla, mejor aún, comerciar en ella: la isla de Robinson era una prisión, la de Watkins una tienda de abarrotes.¹⁷

Melville, autor de *Las Encantadas*, expresa una representación afín a la de la crónica berlinguina, reafirmando una naturaleza *pre* y *anti* humana:

el azote, como pudiéramos llamarlo, de estas islas [...] las coloca en un lugar privilegiado de desolación [...] es que aquí el cambio nunca llega; ni el de las estaciones ni el de los sentimientos que despiertan [...] Otro de los aspectos notables de estos lugares es su dificultad para habitarlos. Aun en las ruinas más desoladoras puede el chacal hacer su cueva y convertirlas así en su hogar, pero las Galápagos rechazan albergar hasta a las bestias. Ni el hombre ni el lobo las

mentos y plantas medicinales introducidos se los puede considerar como «símbolos de vida», ya que además de nutrir el cuerpo de los pobladores, contienen significados que revelan la identidad de todos ellos y su lazo con todo aquello que dejaron atrás (su cultura culinaria ecuatoriana tradicional)». En la segunda esos símbolos de vida pasan a representar lo malo, lo introducido, la mano humana que destruye lo «endémico». Entonces se imponen como símbolos de vida «el galápagos y toda la flora y fauna endémica general, que representan no solo a especies únicas en el mundo sino que además llevan intrínsecos significados globales acerca de la naturaleza intocada y de la historia de la evolución biológica». Cristina Ahassi, «Procesos de adaptación cultural y símbolos implicados», en Pablo Ospina y Cecilia Falconí, edit., *Galápagos. Migraciones, economía, cultura, conflictos y acuerdos*, Quito, CEN / UASB-E / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2007, p. 203.

16. Fueron ellos quienes triunfaron en la guerra marina contra las flotas balleneras de los ingleses.
 17. Christophe Grenier, *Conservación contra natura. Las islas Galápagos*, Quito, Abya-Yala / France Cooperation / IFEA / IRD / UASB-E, 2007 [2000], p. 77. Las siguientes citas se refieren a esta edición.

habitan, tan solo los reptiles, las tortugas, las enormes serpientes, las arañas y esa broma pesada de la naturaleza conocida con el nombre de «iguana».¹⁸

El siglo XIX, en Hispanoamérica, es el siglo de la independencia política criolla de la Corona española. Al disolverse la Gran Colombia que soñó Simón Bolívar, nace Ecuador como República, en 1830, bajo la administración del general venezolano Juan José Flores. Para entonces, las islas Galápagos ya estaban plenamente cartografiadas, tenían nombres ingleses, se sabía la ruta, dónde había suelos cultivables y fuentes de agua, se había instalado la *Post Office Bay* como sistema de comunicación de balleneros y, aunque ingleses y norteamericanos medían sus fuerzas y estudiaban las posibilidades extractivas, ningún gobierno se las había adjudicado como propiedad territorial –no se veía la necesidad: la demanda del mercado y el aprovechamiento del más poderoso funcionaba de hecho, sin leyes ni tratados internacionales de ningún tipo–.

En este punto creo útil señalar que las etapas hasta aquí abordadas tuvieron momentos de transición en los que se entrecruzaron o coexistieron: no concluían los atracos de los piratas, cuando ya se iniciaba la explotación de cachalotes y, a su vez, la toma de posesión del archipiélago por el Estado ecuatoriano en 1832, no impidió la libre afluencia de balleneros/atuneros y expediciones científicas de otros países –nadie pidió permiso a Ecuador–.

Así, por ejemplo, José Villamil, dirigente del primer intento colonizador auspiciado por el Estado ecuatoriano,¹⁹ cuenta cómo proveían a balleneros estadounidenses de agua, cueros de lobo, víveres (bienes); y los ayudaban a «cargar galápagos, en hacer leña y en otros trabajos a bordo pagándose los generosamente»²⁰ (servicios).

En cuanto a los científicos, quien marcó el hito en la historia natural y humana del archipiélago es el inglés Charles Darwin (1809-1882), personaje casi omnipresente en el conjunto de la bibliografía sobre Galápagos. *Viaje de un naturalista* relata sus observaciones y reflexiones en torno a la expedición alrededor del mundo en la que participó entre 1831 y 1836. Uno de sus capítulos aborda exclusivamente su paso por las islas Galápagos, espacio que visitó en 1835, a escasos años de su anexión y colonización ecuatorianas, en 1832.

18. Herman Melville, *Las Encantadas*, Quito, Libresa, 2004 [1856], p. 114-115. Las siguientes citas se remiten a esta edición. Vale indicar que la publicación es anterior a *El origen de las especies*, cuando aún las islas no habían cobrado fama mundial, menos un común consenso de mirada benevolente o atractiva.

19. «Por cierto –dice Grenier–, la anexión de las Galápagos no se produce por iniciativa del Estado sino impulsada por un aventurero criollo, nacido en la Luisiana española y que pasó a estar al servicio de Ecuador, el general Villamil», C. Grenier, *op. cit.*, p. 81.

20. Citado por Hugo Idrovo, *Galápagos. Huellas en el paraíso*, Quito, Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 2005, p. 41.

Sobre este aspecto, se refiere brevemente a los habitantes que encuentra en la isla Charles (Floreana), y sobre ellos juzga que «aunque se quejan de la pobreza de la tierra, la verdad es que consiguen sin mucho trabajo lo necesario para subsistir».²¹

Sin duda, lo que más sorprende a Darwin es la diversidad de especies desconocidas de pájaros, reptiles, moluscos, insectos y plantas que encuentra en Galápagos. Él –y cómo se verá en la reseña de Ortega y Gasset en el siguiente capítulo– atiende con extrañamiento la mansedumbre de tortugas, iguanas y pinzones hacia el ser humano. Tras explicar cómo las iguanas terrestres construyen su madriguera excavando con sus patas delanteras, el naturalista registra la siguiente anécdota: «Estuve observando a uno de estos animales durante un buen rato hasta que hubo enterrado la mitad de su cuerpo y entonces le tiré de la cola, lo que pareció sorprenderle mucho, revolviéndose para ver qué sucedía. Me miró fijamente a los ojos como diciendo: «¿Se puede saber por qué me has tirado de la cola?» (199).

Darwin induce que la reacción de rechazo/miedo hacia determinada especie es producto de un largo proceso de adaptación que toma varias generaciones, proceso que, en el caso de las Galápagos, había apenas iniciado tres siglos antes, con las esporádicas visitas de navegantes que ya se han referido. Concluye el capítulo argumentado que:

A la vista de todo lo que ha podido observarse en este archipiélago, resulta verdaderamente asombrosa la gran cantidad de fuerza creadora, valga la expresión, evidenciada por *estas pequeñas islas, rocosas y estériles* [...] Ya he dicho que las islas Galápagos pueden considerarse un satélite de América, pero en realidad debiera haber hablado de un grupo de satélites físicamente semejantes, orgánicamente distintos e íntimamente emparentados entre sí y asimismo con el gran continente americano, aunque en grado menor (207 y s.).

En 1844, un año antes de la segunda edición de *Viaje de un naturalista*, Darwin escribía a uno de sus colegas científicos:

Desde mi regreso he estado inmerso en un trabajo muy audaz, y no sé de una sola persona que dejara de llamarme loco. *Me impresionó tanto la distribución de los organismos de las Galápagos*, etc., etc., que decidí recoger a ciegas toda clase de hechos que pudieran relacionarse de cualquier manera con qué sean las especies. [...] Por fin ha surgido un rayo de luz, y estoy casi convencido (totalmente en contra de la opinión de la que partí) de que las especies no son (es como confesar un asesinato) inmutables. [...] Creo que he descubierto (¡vaya

21. Charles Darwin, «Islas Galápagos», en *Viaje de un naturalista*, trad. por Víctor Pzancoyalba, Navarra, Salvat / Alianza, 1972 [1839], p. 189. Las siguientes citas son de esta edición.

presunción!) la sencilla manera en que las especies llegan a adaptarse exquisitamente a diversos fines.²²

Décadas después, en la más célebre de sus obras, *El origen de las especies* (1859), el naturalista inglés consolida a esas «rocosas y estériles» islas que tanto lo impresionaron como el referente mundial para la teoría de la evolución. Por esta razón, algunos documentalistas se refieren a las islas utilizando la expresión «el origen de *El origen de las especies*». Asimismo, la metáfora de «laboratorio natural de la evolución» ha sido extrapolada varias veces para imaginar una relación más armónica entre la sociedad galapagueña y de esta con la naturaleza, capaz de servir como ensayo posible y ejemplar para el resto de la humanidad: «Si Galápagos ha sido llamado el «laboratorio de la evolución», bien se podría aplicar esta evolución a las responsabilidades humanas en las islas Encantadas: un laboratorio de responsabilidades con la naturaleza».²³

Las repercusiones culturales de los hallazgos de Darwin, desde su aparición hasta la actualidad, invitan a la reflexión y discusión de filósofos, científicos sociales y artistas, debido a que interpelan la posición del ser humano dentro de la biósfera. En esa línea, el pensador ecuatoriano Agustín Cueva expresa que, con la teoría darwiniana, «hoy para nosotros [la vida se concibe como] un complejo y permanente proceso dinámico y creador, que impone orden y forma sobre la materia, ya respondiendo al ambiente, ya modificándolo, a su vez, para sus propios fines».²⁴

Por su importancia, se encontrarán alusiones a Darwin en algunas obras del corpus literario escogido. La novela *Galápagos*, por ejemplo, mostrará un futuro posapocalíptico reflexionado a la luz de su teoría: «Estaban muertos ahora, y el sol se ponía sobre un mundo en el que tanta gente pensaba, un millón de años atrás, que solo sobrevivían los más aptos».²⁵

Para demostrar que las islas Galápagos tienen dueño y asegurar un territorio, entonces (1832) augurado con incertidumbre como *valioso*, había que pasar del decreto al hecho, reproduciendo la universal lección conquistadora: tenían que ser pobladas.²⁶ Lejos de creer en la subsistencia de un espíritu po-

22. Charles Darwin, *Autobiografía y cartas escogidas. Selección de Francis Darwin*, trad. por María Luisa de la Torre, Madrid, Alianza, 1997, p. 350. Las cursivas son mías.

23. Octavio Latorre, *El hombre en las islas Encantadas. La historia humana de Galápagos*, Quito, FUNDACYT, 1999, p. 8.

24. Agustín Cueva Tamariz, «Charles Robert Darwin. Una conmemoración centenaria. Fragmentos de un ensayo», en *Letras del Ecuador. Periódico de Literatura y Arte*, No. 114, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE), 1959, p. 13.

25. Kurt Vonnegut, *Galápagos*, trad. por Rubén Masería y F., Buenos Aires, Minotauro, 1988 [1985], p. 166. Las siguientes citas son de esta edición.

26. En el siglo XIX, el proceso de colonización fue bastante difícil, intentos, fracasos, traslados de una isla a otra; hecho que contrasta con las actuales restricciones en cuanto a tránsito y resi-

sindependentista apasionado y desprendido, fueron en gran medida intereses económicos los que impulsaron su colonización. Grenier refiere que el proceso mencionado consistió esencialmente en «empresarios que reciben del Estado carta blanca para formar a una mano de obra servil a migrar a las islas con el fin de explotar los recursos naturales en su provecho» (C. Grenier, 2007 [2000]: 82). El aislamiento, la incomunicación, los transportes de escasa frecuencia entre islas y el continente, y un nulo control efectivo de autoridades de gobierno permitieron el ejercicio de múltiples formas de violencia que replicaban sistemas de explotación de vieja data: un amo que fungía como única autoridad²⁷ en la isla y que, por tanto, disponía de una población trabajadora²⁸ sujeta a sus disposiciones, vigilada por un grupo de represión.

La historiadora Paola Sylva Charvet aclara que este sistema de micro Estados autocráticos tuvo matices en cada isla poblada (San Cristóbal, Isabela, Floreana²⁹ y Santa Cruz), dando lugar a «procesos diferentes y a que, al igual que con respecto a la fauna y flora insular, *cada isla desarrolle un modelo particular de reproducción económica y social*».³⁰ Hasta bien entrado el siglo XX, la presencia del Estado ecuatoriano, a juicio de Grenier, no fue más que simbólica, en el plano del discurso, ya que «en la medida de sus posibilidades [el Estado reafirmó] periódicamente su soberanía sobre el archipiélago mediante el discurso, cambiando la toponimia de las islas [inspirándose en los 400 años del Descubrimiento de América], y legislando su colonización» (C. Grenier, 2007 [2000]: 86).

Desde mucho antes de la Primera Guerra Mundial, autoridades públicas ya advertían sobre los intereses de «naciones poderosas»³¹ sobre las Galápagos, las ofertas por comprarlas o alquilarlas, a cambio de sumas de dinero irri-

dencia. Además, en el ámbito del país, Galápagos presenta las tasas de crecimiento demográfico más altas: el INEC calculó en 2001 un total de 18.000 habitantes, en 2007 se estima que es de 30.000, de los cuales solo 19.184 tienen condición de residentes permanentes (crece a 6,5% por año), en «La población de Galápagos es la que más crece», diario *El Comercio*, 25 de abril de 2007, p. 19.

27. Incluso para el jefe territorial de turno, como fue el caso de Manuel J. Cobos, personaje que se abordará en el tercer capítulo. 1879, año de instalación de la hacienda «El Progreso», cuenta como fecha inicial de colonización definitiva e ininterrumpida de Galápagos.
28. A menudo presos por deudas a los patrones de hacienda en el continente, enemigos políticos del gobierno, desempleados y pobres reclutados a la fuerza o persuadidos con un próspero porvenir.
29. La prometedora «tienda de abarrotes» siempre estuvo primera en la lista de colonización, pero esta se consiguió de forma definitiva en 1934 (familia alemana Wittmer).
30. Paola Sylva, «Las islas Galápagos en la Historia del Ecuador», en *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 12, Ensayos Generales I. Espacio, población, región, Enrique Ayala Mora, edit., Quito, CEN / Grijalbo, 1992, p. 278. Cursivas de la autora citada.
31. Eloy Alfaro, «Mensaje especial del Poder Ejecutivo al Congreso Nacional de 1901 sobre el Archipiélago de Colón», en Olmedo Alfaro, *Las islas Galápagos y su situación actual*, Guayaquil, La Opinión Pública, 1930, p. 45-48.

sorias.³² En el contexto de la guerra aludida, en 1917 llega por primera vez un presidente ecuatoriano a las islas: Alfredo Baquerizo Moreno, con la intención de «asumir un acto protocolar de soberanía, nada más»³³ –sin mayores consecuencias para los colonos–. No fue sino hasta 1928 que se instaló un organismo gubernamental con los recursos necesarios para controlar efectivamente las islas (destacamentos militares permanentes del Ministerio de Defensa del Ecuador), decisión derivada de su importancia geopolítica en otra eventual contienda entre potencias. Esta década es también relevante en la historia del espacio representado, porque acuden naturalistas como William Beebe, quien, a partir de la escritura del libro *Galápagos: el fin del mundo*,³⁴ acuñó ese calificativo a las islas y, principalmente, atrajo «pioneros europeos» que vieron en el mítico archipiélago el escenario ideal para recomenzar sus vidas, atormentadas por el bullicio de la modernidad y la guerra, la posibilidad de regresar a un modo de vida en contacto con la naturaleza –sin gente–.

Con esa aspiración llegaron grupos de europeos (noruegos, alemanes), hecho que repercutiría en la definitiva colonización de Floreana y Santa Cruz. Sus testimonios estimularon la migración de más curiosos y sedientos del encanto de una vida primitiva. Así, novelistas como el belga Georges Simenon o el ecuatoriano Gustavo Vásconez Hurtado recrean la llegada de foráneos a las islas, en concreto, la que ha pasado a formar parte del imaginario trágico/maldito de las islas: la leyenda de la baronesa Wagner, cuyo misterioso desenlace llegó a tener cobertura de la prensa mundial, consolidando la imagen de un espacio inhóspito que, obstinadamente, parecería rechazar la presencia humana. Se basa en una serie de hechos reales, ocurridos en la isla Floreana, de 1929 a 1934: arribó, a la entonces isla desierta, una pareja de alemanes, el doctor y filósofo Friedrich Ritter y la joven Dore Strauch, en 1929, con el objetivo de llevar una vida lo más cercana a lo natural, antítesis del mundo moderno; la aparición de la familia Wittmer, en 1932, que buscaba mejorar la salud de su hijo Harry; y, poco después, en ese mismo año, la llegada de Eloise Wagner de Bousquet, junto a Rudolph Lorenz y Robert Philippson, decididos a instalar un hotel (Paraíso) destinado a proporcionar «tranquilidad [a] las personas ricas hartas de la vida moderna. ¡Siempre que dispongan de un yate, claro!»,³⁵ según recrea Simenon.

32. Por ejemplo, la oferta de alquilarlas por 99 años a los EUA, a cambio de 15 millones de dólares y la garantía de asegurar la integridad del territorio del Ecuador.

33. H. Idrovo, *op. cit.*, p. 83. Se demostraría con ese gesto que Ecuador sí era capaz de controlar las islas.

34. Valga recordar la cita inicial: «**Me voy a las Galápagos, al fin del mundo, a vivir como un anacoreta**».

35. Georges Simenon, *La sed*, trad. por Javier Albiñana, Barcelona, Tusquets, 2004 [1938], p. 21. Las citas se remiten a esta edición.

Los constantes roces entre los pocos habitantes de Floreana precipitaron la conclusión de esta aventura robinsoniana en 1934, con la desaparición de la baronesa y Philippon, el frustrado viaje de regreso a Europa de Lorenz –encontrado momificado en la isla Marchena, meses después–, la misteriosa muerte del doctor Ritter –con disímiles versiones sobre su causa– y el regreso de Dore Strauch³⁶ a su país. Tan solo quedaron los Wittmer y una idea latente: «Esto que está ocurriendo prueba lo que yo siempre he pensado: que estas islas encantadas no son un lugar propicio para la colonización ni para otra empresa semejante; la naturaleza se defiende rudamente contra el orgullo de los hombres».³⁷ Esta leyenda devino emblemática en el conjunto de representaciones sobre el Archipiélago de Colón porque sobre ella se escribió mucho, es más, sus protagonistas se encargaron de testimoniar sus puntos de vista,³⁸ seduciendo a los lectores, como si se tratara de una intriga policíaca. Por lo mismo, es frecuente encontrar su alusión –al igual que Darwin– en otros textos sobre las islas,³⁹ a manera de advertencia para sus curiosos visitantes, tal y como reafirma Paulette de Rendón: «Una vez más, como en la Floreana, como en la Isabela, como en Santiago y como en Santa Cruz, el triste fin de las empresas que en este archipiélago desamparado parecen todas destinadas al fracaso».⁴⁰

Con todo, años antes de iniciar la Segunda Guerra Mundial, gran cantidad de barcos norteamericanos, asiáticos, franceses y alemanes navegaban alrededor de las islas, haciéndose pasar por atuneros, expediciones científicas u operaciones cartográficas. En medio de esa tensa calma, en 1938 llegó una pareja de artistas: el pintor ecuatoriano Manuel Rendón Seminario y su esposa francesa Paulette, quien más tarde publicaría su diario de viaje, titulado *Galápagos las últimas islas encantadas*, rico en descripciones de ensoñadores paisajes, sumados al sabor de la nostalgia:

A su base [de un volcán de Floreana] descubrimos, mirando al noroeste, numerosas grutas que visitamos y cuya riqueza inaudita de colores en delicados tonos pastel nos entusiasma [...] Es una armonía preciosa y suave que me transporta, aquí también, a pleno cuento de hadas.

36. Es posible encontrar referencias de esta autora con el apellido del esposo que dejó en Alemania, Koerwin (Dore Koerwin), o incluso combinaciones (Dore Strauch Koerwin).
37. G. Vásquez H., *op. cit.*, p. 18.
38. Dore Strauch, *Satan come to Eden*, Londres, Jarrolds Limited, 1935; Margret Wittmer, *Floreana lista de correos*, Barcelona, Juventud, 2000 [1936], 4a. ed.
39. Aparte de las dos novelas mencionadas, *La sed* y *La isla de los gatos negros*, hay referencias en la bitácora de Paulette de Rendón y en la novela de Alicia Yáñez Cossío, *Más allá de las islas*, Quito, MACAC, 2006 [1980], 3a. ed.
40. Paulette de Rendón, *Galápagos las últimas islas encantadas*, trad. por Miguel de Ycaza Gómez, Guayaquil, CCE, Núcleo del Guayas, 1978 [1946], 5a. ed., p. 147. Las cursivas son mías. Las siguientes citas se refieren a esta edición.

Vuelvo a encontrar delante de estos decorados mis impresiones de niña, la dicha pura que experimentaba cuando, escapada de casa, subía a la colina antes de ir a la escuela por las mañanas blancas de la helada, y cuando, como una Alicia en el País de las Maravillas, contemplaba con fervor la naturaleza dormida, el alba rosada detrás de la bruma del cielo de invierno y, sobre cada brizna de la hierba, las gotitas de agua brillaban, alegrías que eran las solas capaces de satisfacer mi alma de niña, y que no podía encontrar más que en la imaginación despertada por el ambiente helado del paisaje que me rodeaba, semejante a un sueño tan real como la vida, pues el espíritu vagabundo se complace en lo inanimado, creador de emociones que parecen inmutables y en las que todos los vuelos están permitidos (57-8).

Paulette de Rendón viene a ser la primera mujer que transmite una percepción distinta sobre las islas: Berlanga y Melville las ven como el desolador resultado de una «lluvia de piedras», un «azote»; la artista francesa, «riqueza inaudita de colores», «**armonía inaudita**». **Sería desatinado plantear que el imaginario trágico cambió a paradisíaco e idílico; más bien me atrevería a afirmar que las representaciones sobre las Galápagos empezaron a diversificarse entre ecuatorianos y extranjeros (infierno y paraíso a la vez, según la mirada).**

Por eso Alejandro Carrión, en el prólogo de *Galápagos las últimas islas encantadas*, concluirá que su autora posee

un don precioso entre todos: sabe ver. Abre los ojos y mira los paisajes, los hombres, las bestias, el aire y el mar, como si nadie los hubiese mirado antes. Tiene tal fortaleza de mirar primero, de «pre-mirar», **que casi se diría que está creando de nuevo aquello que mira. Así está mirado el Archipiélago en este libro. Así** (A. Carrión, en P. De Rendón, 1978 [1946]: 8).

En 1942 se instala –como «concesión transitoria en defensa solidaria del continente americano»⁴¹ una base militar norteamericana en Baltra y otra alterna en Isabela, para controlar el Canal de Panamá. Por vez primera se construyó un aeropuerto en Galápagos, que en adelante multiplicó las posibilidades de comunicación con el continente. Con una fuerte inversión económica y contra reloj se estableció una ciudad en medio del aislamiento. Cuatro años después, ya terminada la Segunda Guerra Mundial, Ecuador recibió oficialmente una base desmontada con el mismo frenesí con el que se la erigió. La infraestructura de la base alterna fue utilizada para el funcionamiento de una Colonia Penal⁴² (1946-1959), a donde irían –en teoría– los más terribles criminales de

41. Parfraseo de las expresiones de Arroyo del Río, presidente del Ecuador de esa época, citado por H. Idrovo, *op. cit.*, p. 139 y s.

42. Sobre ella trata la obra Antonio Constante O., *Basalto. Etapa de terror y lágrimas durante la colonia penal de Isabela (memorias de un colono de Galápagos)*, Guayaquil, PATO, 2003.

las cárceles del Ecuador continental con fines de rehabilitación. Fortunato Pita, «ex penado», describe la construcción del Muro de las Lágrimas –otra de las historias trágicas del Archipiélago de Colón– de la siguiente manera:

Y comenzó el levantamiento del muro. En las tareas que impuso [el capitán Durán] a los penados, era muy riguroso. Comenzó el sufrimiento de aquellos siendo regada con lágrimas y sangre esta «maldita tierra», como decían algunos penados; pero, yo le digo «Bendita» porque aquí se disfruta de la maravilla de la naturaleza [...] Los reos formaban dos largas columnas en el estrecho camino. Unos que iban con las rocas y otros que regresaban sin ellas. Igual era el castigo para unos y para otros, todos estaban bajo el mismo yugo [...] Agobiados por la sed y el agotamiento se desesperaban, caían y se levantaban; se doblaban y se retorcían; se escurrían y gemían. Por último se arrastraban por el suelo como reptiles. Todo esto les producía depresión causándoles mayores estragos. Sus ojos se desorbitaban y se ponían vidriosos mirando hacia lo infinito. Se diría que exhalaban el último adiós con un suspiro. De pronto unos se reponían y suplicaban; pero, esas súplicas volaban en el viento, quién sabe hasta dónde. Nadie escuchaba o no quería escuchar. No había humano que atiende u oiga esos ruegos, esas súplicas, esas quejas (36, 38-39).

Se clausuró a raíz de la fuga de dos docenas de «penados», hecho que cierra el capítulo de pasado trágico, condenatorio y maldito que envolvió la dinámica de la presencia humana en el archipiélago hasta entonces. En adelante, el imaginario maldito generará atracción, no alejamiento o rechazo. Hoy el sitio constituye un punto de interés turístico de la isla Isabela.

Ese mismo año, 1959, Ecuador declara a Galápagos como Parque Nacional (PNG),⁴³ el primero del país, y las islas pasan a ser explícitamente –ya no por expediciones aisladas– del interés científico mundial, que no tardaría en traducirse en interés turístico paulatino. Se crea la Fundación y luego la Estación Científica Charles Darwin, principal organización no gubernamental de asesoría científico-técnica para la conservación de la singular naturaleza galapagueña. La década del 50 también es importante porque en 1952, en el marco de la Convención de Santiago, Ecuador, Perú y Chile acuerdan establecer 200 millas de mar territorial, como medida soberana que detenga la explotación impune de recursos marinos por parte de otros países.

En 1973 el gobierno militar provincializa el archipiélago y –con los fondos del *boom* petrolero– se consolida la presencia del Estado ecuatoriano, vía

43. «En 1969 se legaliza oficialmente la existencia del Servicio Parque Nacional Galápagos (SPNG), cuya estructura orgánica queda establecida en 1973, cuando se detallan sus funciones y atribuciones para el manejo y administración del área protegida». Parque Nacional Galápagos, *Plan de manejo. Un pacto por la conservación y el desarrollo sustentable del Archipiélago*, s.l., s.e., 2006, p. 30.

instituciones públicas. Cinco años más tarde, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) declara a las Galápagos como Patrimonio Natural de la Humanidad, de paso, el primero en su lista. En 1981 se crea el Instituto Nacional Galápagos (INGALA), como organismo planificador de las islas y, en 1986, la Reserva de Recursos Marinos de Galápagos. En la década de los 90 eclosiona el turismo y con él más migración, mayor frecuencia de transportes, telecomunicaciones, significativo abandono de las actividades agropecuarias intransulares, creciente importación de productos del continente y propagación de especies introducidas.⁴⁴ A la par, se pone sobre el tapete la discusión entre actores del intrincado tejido social de las Galápagos, actores situados desde dos matrices: una *urbana*, tan cómoda como exotista y nostálgica (*científico-naturalista* y *turística*), y otra *rural*, basada en la subsistencia y que convive tanto con la crueldad como con la belleza de la naturaleza (*pesquero-campesina*).⁴⁵ Se reconocen las contradicciones que conlleva intentar conservar intacto este «laboratorio natural» y a la vez responder a satisfacción las crecientes necesidades, intereses y posiciones de todos los actores sociales.

En 1998 se expide la Ley Orgánica de Régimen Especial para la Conservación y Desarrollo Sustentable de la provincia de Galápagos (LOREG), «el mayor acontecimiento que se ha producido en el archipiélago durante este último decenio» (C. Grenier, 2007 [2000]: 413), donde se asegura la conservación y el desarrollo de éste —ahora sí percibido con demasiada claridad— *tesoro*.

En la primera década del siglo XXI, la historia humana de «Las Encantadas» **parecería reducirse a declaratorias nacionales e internacionales: Reserva Marina de Galápagos como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO (2001), Declaratoria de Emergencia (abril, 2007), su ingreso (junio, 2007) y salida de (julio, 2010) la lista de patrimonios en riesgo.**

La Constitución 2008, garantista de derechos a todos los ciudadanos y a la naturaleza a la que pertenecen, en su artículo 258 establece un gobierno de régimen especial para Galápagos, liderado por el Consejo de Gobierno, institución que fusiona dos entidades (INGALA y Gobierno Provincial) para constituirse en la única institución responsable de administrar las islas, esto es su planificación, manejo de recursos y organización de las actividades que se realicen en la provincia, particularidad incluida en numerosos artículos del Código Orgánico de Ordenamiento Territorial, Autonomía y Descentralización vigente en Ecuador desde 2010.

44. Éstas sí impensables como «símbolos de vida», siguiendo el estudio de Cristina Ahassi.

45. Pablo Ospina, *Galápagos, naturaleza...* Debo indicar que gran parte del capítulo «Naturaleza: paraíso perdido», **sobre los usos prácticos del archipiélago («Dos asociaciones»: recurso y paraíso)**, me permitió comprender que esos usos aparecen representados, con sus respectivas peculiaridades e intersecciones, en las 12 obras literarias que seleccioné, la más antigua de 1856 y la más reciente de 2006.

En resumen, tras siglos de visitas esporádicas de viajeros, aventureros, piratas, balleneros y científicos naturalistas, Ecuador logró tomar posesión y colonizar de forma permanente e ininterrumpida las islas, gracias a una visión de mundo expansionista –acaparadora e insaciable– que, por un lado, las contempla con romántica ensoñación paradisíaca –desde luego, aprovechable⁴⁶ y, por otro, las mira pragmáticamente como «capital natural» a explotar. Estos hechos y lecturas han permeado en la literatura que analizaré en los siguientes capítulos.

46. Blanca Muratorio propone que los textos narrativos y visuales [y poéticos, añadiría], sus enunciados y silencios crean imágenes sobre una totalidad referencial [para este caso las Galápagos] que son funcionales al poder. *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 1994.

CAPÍTULO II

Las islas Galápagos en la visión romántica

La grandeza del romanticismo será haber reconocido y afirmado la profunda semejanza de los estados poéticos y de las revelaciones de orden religioso, haber puesto su fe en los poderes irracionales y haberse consagrado en cuerpo y alma a la gran nostalgia del ser desterrado.

Albert Béguin,
*El alma romántica y el sueño*⁴⁷

En este capítulo me propongo analizar algunas obras literarias de autores, de distintas épocas y lugares de origen, que dan cuenta de una lectura del archipiélago desde una visión romántica.⁴⁸ Estas obras son: *Las Encantadas* (1856), novela corta del norteamericano Herman Melville; «Galápagos: el fin del mundo» (1927), reseña del español José Ortega y Gasset sobre la traducción al alemán de la obra del naturalista William Beebe, *Galápagos: The World's End*; la bitácora del viaje a las islas efectuado por la francesa Paulette E. de Rendón en 1938 y publicada como libro en 1946⁴⁹ con el título *Galápagos, las últimas islas encantadas*; textos del poeta ecuatoriano Efraín Jara Idrovo: «Confidencias preliminares», «Poema de regreso» y «Carta de Navidad»; y una obra de la narradora ecuatoriana Alicia Yáñez Cossío, *Más allá de las islas* (1980).

¿Por qué afirmar que los textos de Melville, Ortega y Gasset, De Rendón, Jara Idrovo y Yáñez Cossío sitúan a las Galápagos en la literatura desde una visión romántica? Básicamente porque las muestran como lugar mítico, fantástico, islas

47. Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 [1939], p. 485 y s.

48. Para la perspectiva teórica he tomado como referencia las obras de Albert Béguin y Rafael Argullol.

49. Primero aparece por capítulos en *Letras del Ecuador. Periódico de Literatura y Arte*, No. 5-20, Quito, CCE, agosto 1945-febrero 1947.

alejadas del mundanal ruido, donde es posible vivir la añorada Edad de Oro: la comunión entre un ser humano que se siente lejano, desposeído, y una naturaleza que es percibida inalcanzable e infinita por su fastuosidad. A fin de demostrar esto, he escogido algunos pasajes de las obras mencionadas que aportan **significativamente** a la representación del Archipiélago de Colón, en tanto espacio privilegiado para la mirada poético-filosófica de los románticos.

Vale subrayar que al referir los términos «romántico» o «romanticismo» se tiende a identificarlos con un movimiento artístico que responde a un lugar y una época histórica claramente determinados (Alemania, siglo XIX). Sin embargo, los elementos que propugna, tales como el valor a la subjetividad, a los sueños, a la sed de infinito, no pueden encasillarse a una estructura teórica. La permanente búsqueda por salir de los esquemas trazados es inherente a la existencia humana, por lo cual es posible hablar de un «*ethos* romántico» que constituye un hilo conductor de la vida individual y social. Podría decirse que esa actitud de perpetua inconformidad resulta decisiva para la historia humana. De ahí que me permita argumentar que existan obras literarias escritas, en el siglo XX y aun del XXI, desde una «visión romántica».

En los textos, de una u otra forma, se expresa el anhelo de libertad del «yo romántico» que se siente prisionero de las prisas y del bullicio de la «civilización». Él supone que el haber dado la espalda a la naturaleza primigenia lo ha desligado de la unidad cósmica, por así decirlo, y ha nublado su sentido de existencia, hasta el punto de llegar a encerrarla en lo efímero y absurdo. Entonces, como acto de contrición, se lanza al viaje romántico para retornar al paraíso perdido, donde a la vez que contempla la sublime naturaleza prehumana, puede dar rienda suelta a sus ensoñaciones, desencadenadas de toda limitación racional u objetiva.

Esa contemplación, según se verá en los textos literarios, se ejerce en solitario —a modo de introspección— y demanda profundas dosis de conciencia del yo romántico como individuo enfrentado a la magnitud de la naturaleza y a la conflictividad de la vida en sociedades urbanas.

¿Salvará el romántico el abismo? ¿Alcanzará la Edad de Oro?, y si lo hace, ¿soportará vivir «fuera del tiempo», «fuera del mundo», en la deshora de la eternidad? Estas inquietudes intentarán resolverse al final del capítulo. A continuación trabajaré sobre cada uno de los textos, en los que se ilustrará la concepción romántica que han construido sobre las islas Galápagos.

HERMAN MELVILLE, *LAS ENCANTADAS*:
UN BALLENERO MIRA LOS DOS LADOS DE LA TORTUGA

Moby Dick es la obra que permite localizar, en el contexto de la literatura mundial, a Melville, autor norteamericano, quien en vida (1819-1891) se dedicó a múltiples ocupaciones, entre ellas, vendedor, profesor de escuela, ballenero, escritor, incluso inspector de aduanas. De sus viajes hacia Europa, las islas de Oceanía y del Pacífico –llegó a las Galápagos en 1841–, derivaría gran parte de la inspiración de sus obras. Ese es el caso de *Las Encantadas*, que se publicó en 1856 como parte de la obra *The Piazza Tales*, junto con otros relatos como «The Piazza», «Bartleby, el escribiente», «Benito Cereno», «The Lightning-Rod Man» y «The Bell Tower» –cada uno de los cuales ha merecido varias publicaciones, traducciones y estudios críticos–.

Las Encantadas contiene diez relatos⁵⁰ cortos: «Las islas en general»*, «Los dos lados de una tortuga»*, «Roca redonda»*, «Un vistazo desde Redondo», «La fragata y el barco fantasma», «La isla de Barrington y los piratas», «La isla de Carlos», el «Rey de los perros», «La isla de Norfolk y la historia de la chola viuda», «Oberlus el ermitaño y las islas de Hood»* y «Prófugos, abandonados, solitarios, sepulcros, etc., etc.». **Todos ellos guardan unidad temática:** proporcionan una serie de representaciones sobre las islas Galápagos producto de un diálogo entre visiones del autor durante la travesía, con textos orales y escritos anteriores,⁵¹ como las historias de misterio que los navegantes cruzaban entre sí en las noches de expedición, y *Viaje por el Pacífico*, del almirante norteamericano David Porter, citado expresamente por Melville, como para autenticar la veracidad de sus relatos y persuadir así a los escépticos de todo encantamiento insular.

Los títulos de *Las Encantadas* constituyen un indicador significativo de su tono y contenido narrativo. La soledad y el abandono –de las islas oceánicas y de los pocos huraños que las habitaban en aquel entonces– son atendidos con detalle por Melville, y sugieren la búsqueda romántica de un espacio determinado para contemplar, no solo la atractiva y terrorífica naturaleza, sino también, la propia condición humana.

El primer contemplador es Melville, que comienza de este modo:

Disperse veinticinco pequeños montones de escoria en un gran lote de terreno; hágase a la idea de que algunos de ellos se transforman en enormes mon-

50. Me referiré a cuatro de ellos (señalados con asterisco) por ser los que proporcionan imágenes de gran peso para la representación del archipiélago.

51. La mayoría de los productos culturales literarios sobre las islas Galápagos se han construido utilizando la experiencia personal sumada a textos precedentes, explícitamente mencionados por los autores.

tañas y que todo el espacio libre a su alrededor es el océano; esto le dará una idea bastante aproximada del aspecto general de las Encantadas o archipiélago de las Galápagos.

Un grupo, más bien de volcanes inactivos que de islas, semejante a lo que podría ser nuestro planeta después de una conflagración total.

Dudo mucho que algún otro lugar de la Tierra sea semejante a estos parajes en desolación.⁵²

Los «montones de escoria» figurarían como el paraje no paradisíaco pero sí lo más cercano a la naturaleza virgen-prehumana que un yo romántico aspiraría encontrar en su viaje a la Edad de Oro y hacia sí mismo. El testimonio del viaje romántico de Melville establece un encuadre para la contemplación del espacio inhóspito de las islas Galápagos, donde gracias a la soledad es posible liberar el espíritu, para abandonarse a las ensoñaciones que el narrador trazará en el siguiente relato.

En «Los dos lados de la tortuga», la voz narrativa asegura que vale la pena llegar a las Galápagos, aunque la primera imagen citada sugiera lo contrario. Emplea la emblemática figura del galápagos para argumentar que «Las cosas dependen mucho de los ojos con que se miren y del lado de una misma cosa que queremos ver» (Melville, 2004 [1856]: 120). ¿Cuáles son los lados de la tortuga? Su negro caparazón y su dorado pecho, aunque sea visible únicamente el primero. El narrador incita al lector para que reconozca la coexistencia del lado oscuro y del lado brillante de las cosas. Así, pues, recomienda que «una vez que hayamos descubierto el lado bueno de lo que nos rodea, podemos apreciarlo también y disfrutarlo, aun a sabiendas de que existe el otro» (121).

Además de aprovechar la imagen del galápagos para reflexionar sobre la necesaria conciencia de la perspectiva, Melville cuenta cómo las percibió personalmente. Luego de calificarlas como antediluvianas, míticas criaturas, de aspecto increíble, casi venerable, refiere que:

El sentimiento más profundo que despertaron en mí estas tres maravillas fue el relativo a la edad, pues parecían eternas y en efecto, ningún otro ser viviente alcanza la edad de las galápagos, lo cual no es fácil de aceptar, máximo cuando estos animales son capaces de sobrevivir todo un año sin alimentos, teniendo su caparazón como valija para sobrevivir. ¿Qué otro ser está dotado de su propia fortaleza para sobrevivir el paso del Tiempo? (122).

La longevidad de las galápagos, pese a las condiciones que describe el ballenero, motiva la meditación sobre la vida, el tiempo y la muerte, meditación que permanecerá latente en el resto de relatos de *Las Encantadas* y en otros

52. H. Melville, *op. cit.*, p. 113. Las siguientes citas se remiten a esta edición.

textos de este capítulo. –Sobrevivir el paso del Tiempo– deviene en desafío a la conciencia de la finitud humana. Por eso –no es fácil de aceptar– que con su lentitud y obstinación por –seguir siempre adelante–, pese a las rocas, como enfatiza después, las tortugas vivan tanto. No obstante, dado que ello ocurre en Las Encantadas, toda extrañeza es, más que posible, esperada.

El mejor sitio para esperar el acontecer de lo otro es, dirá la voz narrativa melvilleana, «Roca redonda»:

Subir a lo alto de una montaña no solamente es agradable, sino que es una manera casi incomparable de *contemplar* la región que la rodea. El resultado es aún mejor, si esta es una montaña *solitaria* [...] aquí en las Galápagos, tenemos por fortuna un sitio espléndido que *nos proporciona la posibilidad de contemplar todo su alrededor* y que por su forma tan peculiar fue bautizado por los descubridores españoles como «Pico Redondo» [...] Al ascenderlo, para echar una mirada sobre el archipiélago, vemos que él, *en sí mismo*, es digno de atención. Puede vérselo desde unas treinta millas y *como parte de todo el encantamiento de estas tierras*, se le confunde con una enorme embarcación [...] hasta parecen oírse las voces de: «barco a la vista» **desde sus tres mástiles. Pero, al irnos acercando** la hermosa fragata se transforma rápidamente en una escarpada montaña (124-5). Las cursivas son mías.

Existe, por tanto, una intencionalidad clara por extasiarse de la desamparada vastedad de la región galapagueña. La emoción se intensifica si el sitio donde se mira es, en sí mismo, objeto de contemplación y suscita ilusiones ópticas (la fragata) y acústicas (barco a la vista). Una vez más, se insiste en la importancia de las percepciones sobre el archipiélago, en el sentido de que están condicionadas según el lugar y el momento de la contemplación, razón por la cual su selección requerirá atención y cuidado. Por ende, las impresiones plasmadas en el papel, por el marinero neoyorquino y por el resto de escritores, constituyen una galería de imágenes para el lector.

Aparte de la «**Roca redonda**», **otra figura se presta para la contemplación** de la contemplación.⁵³ Se trata de parte del noveno de sus relatos, «Orbe-lus el ermitaño y las islas de Hood», que –según nota al pie de Valeria Molina Rueda– corresponde a Patrick Watkins, primer aventurero que decidió quedarse a vivir en las Galápagos, aludido en el capítulo anterior. La caracterización que permite al lector contemplar a este solitario produce atracción y más que

53. Según Rafael Argullol, la pintura romántica se ofrece al espectador como «contemplación de la contemplación» por cuanto muestra un ser solitario que mira/contempla un paisaje. A mi juicio, la literatura juega de la misma manera al mostrar el fragmento de un visionario al lector. *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona, Acanalado, 2006 [1983].

nada horror, elementos que empatan con la analogía romántica Naturaleza-ser humano:

El aspecto físico de este personaje era bestial. Cualquiera hubiera jurado que había bebido en la copa de Circe y que era la víctima de sus hechizos. Se vestía con harapos que apenas cubrían la desnudez de una piel pecosa, ampollada por la continua exposición a los rayos solares, la nariz chata y el semblante en general retorcido, era un ser pesado y definitivamente grosero a quien le adornaba finalmente una cabellera y una barba demasiado largas y demasiado rojas. *Al contemplarlo podía deducirse que había sido expulsado del mismo volcán, de donde salieron las rocas en que habitaba [...]* llego a pensar que *el espectáculo de su soledad y su figura* eran realmente más importantes para los extraños que la posibilidad de conseguir alimentos frescos (Melville, 2004 [1856]: 171-2). Las cursivas son mías.

Oberlus-Watkins, además de primer colono por voluntad propia que registran los textos sobre este espacio, puede parecer el primer *hijo genuino* de las islas *vulcánicas, sujeto endémico*, por así decirlo, que hereda los rasgos repulsivos de las inmutables Galápagos. Esta «víctima de Circe» **se muestra indiferente** al curso del tiempo que rige al mundo; pero también orgulloso de ser sujeto de contemplación para otros (ermitaños, solitarios, prófugos) que acudieron a él, no solo en búsqueda de víveres, sino también para mirar a quién mira e indagar la perspectiva del yo romántico».

De ese modo, el conjunto de islas, islotes, personajes y animales con los que juega la *imaginación literaria*⁵⁴ de Herman Melville, dibujan un perfil de las Galápagos como panorama para la contemplación privilegiada del «yo romántico», que a través de la Naturaleza se piensa a sí mismo.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, «GALÁPAGOS, EL FIN DEL MUNDO» EN *ESPÍRITU DE LA LETRA*: IGUANAS CON UN *NO SÉ QUÉ* DE MÁS HUMANO

«De poetas y sabios imán» reza uno de los versos del *Himno de Galápagos*, escrito por fray Víctor M. Maldonado. Como se mencionó en el capítulo anterior, Darwin y Beebe, a través de sus obras, situaron el imaginario en torno a las islas Galápagos como el «sitio mítico de la elaboración de la teoría de la evolución y como santuario idealizado de una naturaleza preantropica».⁵⁵ Ahora

54. Expresión tomada de F. Balseca, *op. cit.*

55. C. Grenier, *op. cit.*, p. 441.

bien, considero que tanto *El origen de las especies* (1859) como *Galápagos, el fin del mundo* (1924) constituyen el imán exacto de poetas y sabios, entre ellos el filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955). Él escribió –como parte de *Espíritu de la letra* (1927)– una reseña de la segunda obra mencionada, con particulares reflexiones y comparaciones entre sus inquietudes intelectuales y la expedición del norteamericano William Beebe, efectuada junto a otros aventureros, en 1923. Inicia la reseña de este modo:

Van alegres sobre el lomo del mar, movidos por una sed de ciencia, de paisajes inusitados, de soledades telúricas [...] Se trata de un capricho: visitar el archipiélago de los Galápagos, grupo de islas volcánicas, casi totalmente deshabitadas, que emergen en una fabulosa soledad del Pacífico, a 900 kilómetros de la costa ecuatoriana. Un viaje así, por cuenta propia y para fines científicos, solo es posible ya a los americanos, los jóvenes del mundo, y nos recuerda los que iniciaron, cuando Hélade era joven, los griegos continentales.⁵⁶

La actitud de entusiasmo e ilusión (**van alegres**) es el primer rasgo sobre el que Ortega y Gasset quiere llamar la atención del lector. Más adelante, no solo asocia la juventud y el propósito de los viajeros con Solón, uno de los siete sabios de Grecia (Viajar a causa de contemplar, de teorizar, no con fines de guerra o negocios), sino que, a mi criterio, aprovecha las ilustraciones y observaciones registradas en la obra del naturalista norteamericano para dar cuenta de su perspectiva sobre el ser humano y la mentalidad predominante en su tiempo.

¿Qué palpa el filósofo español *más allá del fin del mundo*? En el inexplorable e incansable vuelo de la gaviota que acompaña al yate *Noma* por más de mil kilómetros, observa que «Avanzamos siempre por la vida entre el misterio innumerable de amistades y enemistades desconocidas» (71). En el entusiasmo de la tripulación y el jugueteo de los delfines, descubre que «es la alegría la grande originalidad del hombre en el repertorio de la creación» (72), motivo que lo induce a creer más en los resultados de la ilusión que en los de la obligación y la seriedad.⁵⁷ Cuando se refiere al chispazo «intuitivo» (74) de Darwin, a partir de la observación de los pinzones, el filósofo español pareciera pedir un

56. José Ortega y Gasset, «Galápagos, el fin del mundo», en *Espíritu de la letra*, Madrid, Cátedra 1998 [1927], 2a. ed. de Ricardo Senabre, p. 70. Las referencias de las posteriores citas se señalan de acuerdo a esta edición. Senabre indica que *vulcanico* es un calco de la forma latina y suscita la asociación con el dios Vulcano.

57. En la primera publicación del autor se alude al mismo tema: «Todas nuestras potencias de *seriedad* las hemos gastado en la administración de la sociedad, en el robustecimiento del Estado, en la cultura social, en las luchas sociales, en la ciencia en cuanto técnica que enriquece la vida colectiva. Nos hubiera parecido frívolo dedicar una parte de nuestras mejores energías –y no solamente los residuos– a [...] ver en el goce de las cosas una dimensión de la vida que

ajuste de cuentas a la concepción de ciencia como mera acumulación de hechos y datos fríos y objetivos, desentendida del lado no-racional de la vida humana.

Pero donde se detiene sobremanera es en las iguanas marinas y terrestres de las islas, cuya mansedumbre y mirada bondadosa, a pesar de su aspecto jurásico, le estimulan a sugerir la construcción de un campo de estudio que permita leer en la expresión vital de un animal, su alma⁵⁸ o intimidad profunda. Entre tanto, Ortega y Gasset no sabe definir qué ve en la iguana: «Un no sé qué de más humano, y a la vez menos humano, que en el resto de especies actuales, parece rezumar de sus grandes órbitas quietas y unirse en contraste misterioso con la fiereza externa de sus formas» (Ortega y Gasset, 1998 [1927]: 76).

Adicionalmente, al hablar de la «bondad prehumana» y del «estúpido» movimiento de las iguanas, Ortega y Gasset intercala la siguiente acotación: «con una estupidez distinta en su calidad de la estupidez frecuente en la actual etapa geológica» (75). Así, ensaya con sutileza una Edad de Oro instalada en los antiguos saurios, y encuentra, a mi modo de ver, en los descendientes que habitan las pedregosas costas de Galápagos la bondad, la ausencia de miedo o rechazo al ser humano, la pacífica inocencia natural que desconoce el potencial de maldad y necesidad de otros seres.

En definitiva, la reseña de Ortega y Gasset constituye una contemplación –en voz alta– de la contemplación de los tripulantes del *Noma* y contribuye a configurar una representación, desde la visión romántica, en la que prima una esmerada atención al pasado y a las posibilidades de replantear cuánto de humanidad –alegría, ilusión, bondad– es posible rescatar en su presente, empezando con la observación de las Galápagos, el fin del mundo.

PAULETTE E. DE RENDÓN:
UNA «ROBINSON» LEE NUESTRA AMÉRICA EN GALÁPAGOS,
LAS ÚLTIMAS ISLAS ENCANTADAS

Hasta bien entrado el siglo XX, las Galápagos habían sido apenas objeto de la imaginación literaria. Charles Darwin, Teodoro Wolf, William Beebe, renombrados científicos que visitaron y escribieron sobre las islas, habían mostrado una faceta escudriñadora ajena a propósitos estéticos o a una voluntad de

merece ser cultivada con los procedimientos superiores». José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 1960 [1914], 6a. ed., p. 15. Las cursivas son mías.
58. Idea que concuerda con la capacidad de «los hombres endémicos» de la novela de Alicia Yáñez Cossío, para descubrir y gustar el placer de mirar el alma de las cosas que se analizará más adelante.

estilo determinada, como fue el caso de Melville. En ese contexto, aparece la obra de Paulette Everard Kieffer de Rendón (1902-1983):

Entre todas las descripciones que se han hecho del Archipiélago de Galápagos, tal vez ninguna supera a la de Paulette, mujer del apreciado pintor ecuatoriano Manuel Rendón. Francesa de nacimiento, artista de alma, acompañó a su esposo en el viaje a Galápagos y su estadía en las islas, llevando una vida un tanto aventurera y bohemia con espíritu estético, sin fines científicos, buscando [su] aspecto poético y de fantástica belleza.⁵⁹

Como explica Carlos Manuel Larrea, Paulette E. de Rendón, «francesa de nacimiento, artista de alma», inaugura una mirada que justifica su presencia en la visión romántica, por cuanto su escritura involucra elementos paradigmáticos como el viaje romántico, la sublimación de la naturaleza, la conexión entre el ambiente y el ánimo del yo romántico, la búsqueda-encuentro de la Edad de Oro, y reflexiones sobre la vida y la muerte. Su prolongada visita es exhaustiva en la descripción de detalles y matices cromáticos.

«La partida», el primero de sus ocho capítulos, advierte que

Todavía hay viajes que son como una partida para siempre, viajes que no se debe emprender sino libres de todo apego y de todo compromiso. Vivir en temporada de Robinson en una isla, desierta o casi, es algo que tiene muchos atractivos, pero también sus peligros, y que nos reserva a veces muchas angustias para el momento del retorno. Con todo, nosotros hemos hecho un viaje de estos, y vamos a narrar nuestra aventura.⁶⁰

De esa forma, se anticipa desde el inicio el propósito del viaje: despedirse momentáneamente del mundo, a experimentar «una temporada de Robinson». La advertencia «[ir] libres de todo apego y de todo compromiso» se acerca mucho a la actitud de William Beebe descrita por Ortega y Gasset «van alegres [...] no con fines de guerra o negocios». Aventurarse hacia una isla casi deshabitada incluía ir predispuestos para escudriñar lo exótico, lo nuevo, aquello que signifique una experiencia extraña y fresca. Es, eminentemente, una actitud romántica.

Continúa el relato compartiendo las representaciones que evocaban las Galápagos en 1938, año del viaje. Así por ejemplo, sintetiza lo que se pensaba entonces sobre el archipiélago:

59. Carlos Manuel Larrea, *El Archipiélago de Colón*, citado en la contraportada, en P. de Rendón, *op. cit.*

60. P. de Rendón, *op. cit.*, p. 11.

Estas islas Galápagos de las que todo el mundo habla, y que muy pocas personas conocen verdaderamente, son para la mayoría de los ecuatorianos, un archipiélago fabuloso, temible por su soledad, su alejamiento, por la inseguridad de sus comunicaciones y también porque, para las gentes supersticiosas, un genio maléfico parece reinar allí. Cada isla tiene, en efecto, un pasado sangriento, lleno de dramas y de historias de tesoros; y en muchos viajeros el sortilegio se ha cumplido, a veces de una manera indirecta, mas no por eso menos dramática (11).

Las dos caras de las islas atraen por lo «fabuloso» y espeluznan a los viajeros por el «genio maléfico que parece reinar allí». De hecho, a lo largo de los siguientes capítulos, la narradora padecerá personalmente la sensación de abandono, soledad, alejamiento y resignación; sin que ello implique un menoscabo a la imagen idílica de su experiencia en estas islas tropicales. Idílica porque en varios momentos confiesa sentirse transportada a momentos de su infancia y cuentos de hadas, podría decirse, a su primera Edad de Oro. Al finalizar la obra, en el capítulo «Retorno», construye una segunda, identificada en su aventura robinsoniana:

Y yo pienso en la nostálgica añoranza que me van a dejar estas islas únicas [...] a las que debo el haber visto convertidos en realidad algunos de mis sueños de niña salvaje e impresionable [...] Quizá último asilo de los locos de la tierra, mas sobre todo último asilo de primitiva poesía, incomparable fuente de emociones para todos aquéllos que, artistas, modernos ermitaños u hombres de ciencia, son atraídos por la belleza fantástica de los paisajes de un comienzo del mundo, o por una vida noblemente ganada en la soledad o en fin por una sed de descubrimientos (11).

En las líneas citadas se sintetizan los rasgos del yo romántico, que van desde la nostalgia y añoranza por un «allá-entonces», la soledad, la belleza, hasta la sed por conocer la esencia de la naturaleza contemplando todo lo que prometa recordar sus orígenes. En *Galápagos, las últimas islas encantadas*, el acercamiento a lo considerado como primitivo, bárbaro, salvaje –cuando usa esos calificativos en sentido elogioso– permite ejercer a plenitud la libertad del expansivo espíritu romántico.

Ahora bien, creo necesario acotar que la subjetividad y ensoñación no son lo único que tributa la contemplación de las islas, sino que impulsan a repensar la vida desde un enfoque amplio de las diferencias culturales. Paulette de Rendón y su esposo interactuaron directamente con los habitantes de las islas, ecuatorianos y un pequeño mundo de extranjeros. Por esta razón, además de detallar el mar, los volcanes y cerros, los atardeceres, cuevas, cactus, productos agrícolas y la diversidad animal de las islas, la narradora acentúa las diferencias de percepción entre unos y otros pobladores. Este conocimiento de

causa genera una deslumbrante crítica hacia los rótulos «civilizado» y «bárbaro», tradicionalmente utilizados para polarizar las diferencias entre culturas con lógicas disímiles y justificar la imposición de los valores de una sobre otra(s). Antes de ejemplificar en qué pasajes Paulette de Rendón subraya su descontento con la mentalidad social imperante, me remitiré al ensayista cubano Roberto Fernández Retamar:

Nuestra América [1891] –y buena parte de la obra de Martí– es un diálogo implícito, y a veces explícito, con las tesis sarmentinas. ¿Qué significa si no la frase lapidaria de Martí: «No hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición⁶¹ y la naturaleza»? [En 1884] –aún en vida de Sarmiento–, había hablado ya Martí del «pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea».⁶²

He citado al autor de *Calibán* porque muestra cómo José Martí rechazó la dicotomía civilización-barbarie de Domingo Faustino Sarmiento que enmascara cuál era la real batalla que impedía la cohesión de Nuestra América: falsa erudición frente a hombres naturales. El manejo perverso del sentido asignado convencionalmente a dichos términos es desmontado y redefinido por Martí. Pues bien, considero que Paulette de Rendón se aproxima al pensamiento martiano en lo que refiere a la pretendida «civilización». Ella apuesta a revisar cuánto de verdaderamente bárbaro tiene la civilización y, en esa línea crítica, describe a los colonos ecuatorianos, pescadores y campesinos, al igual que Martí en *Nuestra América*, como hombres y mujeres naturales, personas reales, sin disfraces:

son sencillos, naturales, sin maldad ni maledicencia. La familia con la cual vivimos nos ofrece un ejemplo más de las cualidades de generosidad y de pureza de corazón que se suelen encontrar en gentes desprovistas de todo, hasta de lo más necesario.

Esta excelente mujer procurará constantemente complacernos, y sus atenciones estarán caracterizadas por una buena gracia y una cortesía que son pruebas de una dignidad natural que los civilizados de raza blanca con demasiada frecuencia han reemplazado por las simulaciones de la hipocresía [...] ¡Ah! este pueblo ecuatoriano, todavía carente de ambición, artista y elegante, fino y burlón con donaire, ¡cómo me gusta! (De Rendón, 1978 [1946]:143). Las cursivas son mías.

61. Letrados/criollos exóticos o alienados por el enfoque civilizatorio que entiende progreso en tanto imitación anglosajona del desenfreno por industrializar y poseer todo.

62. Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 2004 [2000], p. 44.

Es la gente en su estado de «inocencia natural» la que provoca admiración, porque a la mirada de la viajera y estando «desprovistas de todo», enseñan una forma-otra de disfrutar la existencia con «dignidad natural» o arte de vivir, circunstancia ausente o rara en el contexto de la matriz cultural «civilizada» que observa distanciada.⁶³ Más adelante, la francesa abstrae el común denominador de los foráneos que se asentaron en las islas:

En realidad, la mayor parte de estos extranjeros que han abandonado sus países, sea por hastío de la civilización, sea por querer vivir libres o bien porque el trabajo era allá demasiado duro, se cansan pronto de esta experiencia de vida simple en una naturaleza virgen [...] Empero, tan pronto como han logrado [...] levantar un plantío cuya cosecha sea superior a sus necesidades, no hacen más que suspirar por el momento en que un país rico se apodere de las islas. *Para volver a ser ciudadanos civilizados.* [...] Su inteligencia únicamente práctica, *su ambición*, su egoísmo, su vanidad los hacen incapaces de vivir alegremente este género de vida que no es permitida sino a seres de una inteligencia de otra calidad o a los cholos americanos venidos voluntariamente al archipiélago y que, prudentes por instinto y de gustos aún simples y puros, se limitan a cultivar con su familia el pedazo de tierra que abastezca a sus necesidades, tomándose el tiempo de pasearse gozando de la naturaleza y de expresar en música ingenua sus ensueños [...] Yo comprendo ahora el epíteto de bárbaros que los chinos aplicaron antiguamente a los europeos, y que merecen todos estos civilizados de corazón endurecido (De Rendón, 1978 [1946]: 150). Las cursivas son mías.

La civilización es leída en clave de lo superfluo, frío, vano, vacío, egoísta, incapaz de disfrute y decididamente indispueta a aceptar otras formas de entender la vida, no limitadas a ambicionar acumulación incesante de capital. Una existencia así resulta, para Paulette de Rendón, peyorativamente «bárbara», en el sentido de que daría cuenta de una gran dosis de indiferencia hacia la naturaleza y la sensibilidad humana, a manera de grotesca oposición entre sentir, pensar y hacer. No sé si se trate de la inconformidad romántica que renuncia a las ataduras de todo tipo, o se deba más bien al producto de una estructuración socio-cultural de la mentalidad que anula las posibilidades de asumir una actitud de escucha a la otredad. Con todo, la añoranza «volver a ser ciudadanos civilizados» recalca, una vez más, la fijación occidental del mito por alcanzar una Edad de Oro, en la que la felicidad –según cada uno la interprete– fue/será posible.

63. Perteneció a una familia campesina, vivió de cerca los efectos de la Primera Guerra Mundial y llevó una vida sencilla junto al pintor Manuel Rendón, hechos que, intuyo, la autorizarían para referirse en tercera persona del plural a «los civilizados de raza blanca».

EFRAÍN JARA IDROVO:
LATIR AL UNÍSONO CON *EL MUNDO DE LAS EVIDENCIAS*

Figura destacada en la poesía ecuatoriana del siglo XX, Efraín Jara Idrovo (1926) constituye la voz poética que denuncia con mayor intensidad el impacto de las islas Galápagos en su subjetividad, su visión acerca de la vida, la muerte, la soledad y la poesía. *El mundo de las evidencias. Obra poética, 1945-1998*, en edición de María Augusta Vintimilla, recoge la producción literaria de este escritor cuencano.

Las características conservadoras de su ciudad natal, sus inquietudes sociales (el impacto de la Segunda Guerra Mundial) y culturales (la modernidad), condujeron a Efraín Jara Idrovo, siguiendo a Vintimilla, hacia una doble huida: «la una es hacia la poesía, la voluntad de asumir para sí un oficio y un destino: el de poeta; la otra, su viaje a las Galápagos, en cuyo escenario –más bien cósmico que telúrico– construirá un territorio mítico en donde fundar una experiencia fundamental del mundo y de la existencia».⁶⁴

La segunda huida, viaje romántico, inició en 1954, cuando Jara Idrovo tenía 28 años. Fue a Floreana, isla habitada entonces por menos de 30 personas, dedicadas a la pesca y a la agricultura. En 1956 suspendió momentáneamente el autoexilio –retornó a Cuenca– y nuevamente viajó al archipiélago, donde permaneció hasta 1958.

En 1980 publica *El mundo de las evidencias*, poemario que agrupa lo que se considera como la primera etapa dentro de su trayectoria artística (1945-1970). La obra incluye una introducción titulada «Confidencias preliminares». En ella, Jara Idrovo se refiere a su experiencia en las islas como «años de arduo aprendizaje», «fase inicial de una larga y esforzada metamorfosis»,⁶⁵ tiempo dedicado a la búsqueda de evidencias, esto es, en términos generales, la indagación de certidumbres sobre el sentido de la vida y la función de la poesía. Con ese propósito, indica el escritor cuencano, se dedicó al estudio de Eliot, Rilke y Valéry, apropiándose de dos ideas centrales: antes de hacer poesía es necesario tener una visión del mundo y de la vida claras y, en segundo lugar, que la labor del poeta exige un trabajo paciente, puesto que el poema es perfectible y el poeta un ser en evolución. De ahí que muchas de sus obras sean publicadas años después de su elaboración o re-escritas, pulidas, aunque conserven las fechas de su elaboración original.

64. María Augusta Vintimilla, «El pensamiento poético de Efraín Jara Idrovo», en Efraín Jara Idrovo, *El mundo de las evidencias. Obra poética, 1945-1998*, edición y estudio introductorio de María Augusta Vintimilla, Las citas se remiten a esta edición. Quito, Libresa / UASB-E, 1998, p. 18.

65. Efraín Jara Idrovo, *op. cit.*

«Confidencias preliminares» provee una definición poética de las Galápagos y el amargo testimonio sobre el quiebre de la Edad de Oro que vivió en el alejamiento oceánico, por causa de su regreso al continente y con él, al tiempo y a la conciencia de la escisión entre naturaleza y ser humano.

Galápagos: ¡piedra y agua! Soledad exasperada y errante del mar y soledad inmóvil y concentrada de la piedra. Cambio sin diversidad del flujo del mar e identidad compacta de la roca. Avidéz colérica del agua y entereza taciturna del basalto. Olas, y olas, y olas, sin tregua ni misericordia. Rocas, rocas, rocas, hasta aplastar el alma. Agua y piedra hasta la desesperación o el anonadamiento. Soledad de agua y piedra: eso es Galápagos, suma y compendio del desamparo cósmico (103).

«¡Piedra y agua!», «Soledad de agua y piedra», «suma y compendio del desamparo cósmico» son las expresiones que definen a las Galápagos. Esta imagen de olas chocando contra las rocas, en tanto metáfora del ciclo vida-muerte y del instante-eternidad, pervivirá en su producción artística.⁶⁶ Así, por ejemplo, poemas pertenecientes a la segunda y tercera etapas de su obra poética, como «sollozo por Pedro Jara» (1978), «in memoriam» (1980), «recordando a Manuel Muñoz» (1992), registran alusiones directas sobre su experiencia solitaria en las islas y el significado metafísico que le inspiraron el agua y el basalto galapagueños.

He mencionado que el breve retorno a Cuenca, en 1956, supuso un quiebre de la Edad de Oro, porque el ideal de reintegración con el todo –sensación experimentada en las islas– se vio desgarrado por tener que reinscribirse en el tiempo urbano del desengaño y la añoranza:

Adaptado a las modalidades de la existencia insular, también yo, animal pervertido ya por el conocimiento, había logrado la conjunción armónica de conciencia y universo, de ser y quehacer. Pero con la salida al continente y las mil solicitudes fútiles con que me retenía la vida urbana, desentendiéndome de la evolución de mi ser, *sobrevino la ruptura del cordón umbilical que me permitía latir al unísono con el mundo*. Con el desvanecimiento de la unidad, emergió el tiempo concienical, tiempo que nos mina desde adentro y ratifica nuestra menesterosidad esencial. A partir de ahí, concebí el tiempo como una suerte de pecado original; como expiación de la conciencia por el extravío de su unidad con el mundo. En Galápagos, la realidad era presencia pura, inalterable e incontrastable. Ahora se me manifestaba como perpetua fluencia, en la cual el ser vacila-

66. En una entrevista concedida a Edgar Cordero, Efraín Jara, con un dejo de nostalgia, ante la pregunta «¿Qué imágenes dio Galápagos a su poesía?», responde: «Lo que influyó en mi discurso lírico fue el océano. Fue esa enormidad golpeando las escolleras, los acantilados y produciendo un fragor, que se echa de menos». «Para escribir, yo solo necesito de la soledad», en diario *El Comercio*, Quito, 18 de febrero de 2007, sección 7 Días, p. 4.

ba y se consumía. Tiempo y extinción adquirieron carácter obsesivo y lacerante (109). Las cursivas son mías.

Esta declaración explícita de un yo romántico acongojado, ilustra con claridad el propósito del viaje hacia lo otro, y sugiere la imposibilidad de «latic al unísono del mundo» acorralado por las prisas y la certeza de la muerte. Podría decirse que las entonces primitivas Galápagos eran piedra «inalterable e incontrastable»; y la vida moderna en el continente, ola que vacila y se consume imparablemente.

La «ruptura del cordón umbilical» inspira dos de los escasos⁶⁷ poemas que escribió en Floreana: «Poema de regreso» y «Carta de Navidad».

El primero inicia con el siguiente verso: «Regreso al tiempo del afán humano», mostrando quizá el rasgo más distintivo de la acelerada vida productiva, civilizada, progresista. Enseguida declara «Allá en la soledad de las Galápagos, / inmerso en el desvelo de las olas/ y el olor seminal del algarrobo/ aprendí muchas cosas». La palabra «inmerso», equiparable con «sumergido», evoca la unidad aspirada por los románticos: la arquetípica figura del hijo (ser humano/ Jara Idrovo) en el vientre materno (naturaleza/Galápagos).

En el otro poema, «Carta de Navidad», dedicado a una de sus alumnas de Floreana llamada Delfina, utiliza el tema de la celebración navideña para enseñar el oceánico abismo que separa las concepciones de disfrute entre isleños y continentales. Probablemente por eso diga: «Hace una vida estuve contigo», porque percibe que en el «aquí» cuencano, los niños compran la alegría, «[...] todo cuesta/la flor, el pan, la risa/[...] Solo muerte y tristeza nos dan gratis». Tras unos significativos puntos suspensivos, la voz poética contrasta: «Allá en la isla todo era tan simple y diferente/[...] Ninguna voz colérica diciendo:/ esto me pertenece [...]». Así como Paulette de Rendón diferenciaba a los «cholos americanos» que sabían disfrutar la vida agreste insular, de los extranjeros que añoraban volver a ser civilizados, Jara Idrovo enaltece con mirada fraternal a los pescadores, y critica el valor que las sociedades urbanas asignan al dinero, en detrimento de las relaciones humanas y la apreciación del arte y la naturaleza –toda forma de proclamarse vivo a pesar de estar destinado a la muerte–. Esta última idea se encuentra latente en gran parte de su obra poética, como estrategia de «resacralización de lo cotidiano».⁶⁸

La experiencia plasmada por Jara Idrovo en los textos seleccionados revela imágenes conducentes a reflexionar la finitud de la existencia. Leyendo

67. «Ulises y las sirenas», poema fechado en 1958, constituye una muestra representativa del marcado «solipsismo» de la voz poética, analizado por Iván Carvajal, «La fiesta del solitario», en *A la zaga del animal imposible*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2005.

68. Expresión de María Augusta Vintimilla, tema con el que cierra magistralmente el estudio introductorio de la obra de Jara Idrovo.

entre líneas a este autor, las islas, su territorio mítico para la creación, ciertamente no son percibidas como el paraíso perdido, tal como lo sostienen otros casos ya analizados. La vida, sus instantes de gozo –asequibles no solo en el aislamiento– pueden reportar la sensación de unidad y plenitud con la que sueña el yo romántico.

ALICIA YÁNEZ COSSÍO, *MÁS ALLÁ DE LAS ISLAS*: MIRAR, SIN PRISA, EL ALMA DE LAS COSAS

Una de las escritoras que ha alcanzado renombre en la literatura ecuatoriana a partir de la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad es Alicia Yáñez Cossío (1928). Con la novela *Bruna, soroche y los tíos*, ganadora del Premio Único del diario guayaquileño *El Universo* en 1971, esta narradora quiteña evidenció el potencial creativo y crítico de la mujer. Sus obras portan una fuerte carga de crítica a los convencionalismos sociales, en general, y a los estereotipos de feminidad y masculinidad, en particular. Adicionalmente, su escritura novelesca denota interés por la investigación documental, principalmente de la historia ecuatoriana.

Ese es el caso de *Más allá de las islas*,⁶⁹ novela publicada por primera vez en 1980. En la narración están presentes hitos de la historia de las Galápagos que se nombraron en el primer capítulo, entre ellos la presencia de piratas, los robinsones noruegos, la baronesa Wagner, la oficina de correos, la colonia penal, el turismo y la constante en la historia insular: la sed.

Todos esos elementos cimientan las mágicas y entretejidas historias de sus ocho personajes,⁷⁰ asediados por uno adicional: la «huesuda», la muerte. Un rasgo que conecta los personajes de *Más allá de las islas*, radica en su búsqueda por mirar el alma de las cosas. Este anhelo, según persuade la voz narrativa, es concedido por la vívida naturaleza galapagueña, únicamente a las «almas puras», capaces de tratarla bien y, en consecuencia, merecer la estancia en Las Encantadas. En esa línea, caracteriza a las «gentes de las islas» como seres evolucionados espiritualmente; es decir, que han llegado ya a la Edad de Oro:

69. En una entrevista realizada en 2006, Yáñez Cossío afirma que con *Bruna, soroche y los tíos* supo que «podía escribir novelas», pero que «la novela que yo considero más lograda y mejor estructurada es *Más allá de las islas*», en Cecilia Mafla-Bustamante, «La difícil tarea de la erradicación del machismo: una entrevista con Alicia Yáñez Cossío», en *Grafemas*, s.l., febrero de 2007, en <http://www.utpa.edu/dept/modlang/grafemas/febrero_07/mafla.html>.

70. A cada uno dedica un capítulo: Morgan, Alirio, Iridia, Fritz, Estenia, Tarsilia, Brigita y Richardson.

Parecía que las gentes se hubieran lavado y purificado y eran mejores porque habían desterrado de sus vidas rezagos de egoísmo, *vivían en estado de bondad, limpios de los vicios del continente*. No querían tener nada más, eran ellos mismos y no corrían para llegar a ningún lado, y sin que nadie les diera explicación de ninguna clase, *sabían que estaban en posesión de la verdad porque gozaban vislumbrando el alma de las cosas y estaban en la fila de los bienaventurados, limpios de corazón*.⁷¹

Y no solo los isleños, sino los condenados de la prisión de Isabela —que a fuerza de contemplar la naturaleza, lejos del ambiente que de alguna manera los criminalizó— logran la redención y el reencuentro de sí mismos:

Algunos penados se escaparon y escondieron en las tierras altas, decididos a permanecer en ese paraíso, porque una vez fuera del ambiente que les había empujado al crimen, se habían regenerado, amaban la libertad, valoraban el precio que habían pagado por ella y podían apreciar la belleza del ancho mar. *En las islas se habían encontrado a sí mismos, se habían purificado de los vicios de la civilización*, y aunque les consumía el ocio y el hastío bajo el sol abrasador, pasaban el tiempo sentados sobre las rocas de los acantilados, *mirando el horizonte*, en espera de algún barco que les trajera una carta o un periódico atrasado para mirar el mundo, de lejos, afirmándose cada vez más en su mundo de arena. Les importaba poco los centenares de turistas que a diario llegaban y se iban. Los *hombres endémicos* eran pocos, pero tenían una personalidad definida: *habían aprendido a gustar el placer de mirar el alma de las cosas descartando la prisa* (70). Las cursivas son mías.

Este fragmento pertenece a «Iridia», capítulo que me ha parecido más rico en cuanto a una visión romántica de las islas. Tras aludir a los hombres endémicos que ven el alma de las cosas, la voz narrativa refiere un juego de miradas de doble vía: qué piensan los turistas⁷² sobre los habitantes de las islas y viceversa:

Los turistas decían que las islas estaban habitadas por gentes ociosas que no querían construir hoteles adecuados para sus necesidades, pero los hombres de la isla *no eran peones ni albañiles, eran filósofos natos con sus propias gradaciones de valores*, lo contrario de lo establecido por quienes vivían sometidos a la civilización, y eran menos felices. Las gentes de las islas miraban a los turistas como si se tratara de un desfile de hormigas abigarradamente vestidas, y aunque dejaban en las islas algo de su maldito dinero, solo eran fantasmas a los que no se podía tomar en cuenta. Decían que los colonos no sembraban ni

71. A. Yáñez C., *Más allá...*, p. 73 y s. Las cursivas son mías. Las citas se refieren a esta edición.

72. Situación impensable en obras anteriores al último cuarto de siglo, cuando el turismo no se había desarrollado a los niveles que hoy ostenta.

cosechaban, pero *la verdad era que estaban ocupadísimos ordenando las cosas según el color y el tamaño del alma que tenían y que solo ellos podían verlas y clasificarlas para ser más felices que las gentes de las urbes* porque estaban al margen de los carros y los ruidos, al margen de los compromisos sociales y el teléfono, al margen de las mujeres pseudo liberadas y la moda, al margen de los convencionalismos y el periódico, al margen de la masificación y de la vida absurda (Yáñez, 2006 [1980]: 72). Las cursivas son mías.

Se nota aquí una clara oposición entre vida isleña y vida urbana, con todas las analogías que podrían derivarse de ese choque de mentalidades: ocio-negocio, esencia-apariencia, tranquilidad-bullicio y prisa, sentido-absurdo. No se explicita que los «turistas-fantasmas» desconozcan el lado agradable de la vida, pero sí se enfatiza que los «ocupadísimos» colonos son más felices debido a su condición de marginalidad con respecto a la civilización, que impone una escala de valores donde el dinero pareciera ocupar la cúspide.

Convertidos en filósofos y clarividentes, poetas, piratas tiernos, mujeres profundas, hombres endémicos y ex convictos redimidos, encuentran en las islas un mundo fuera de este mundo, donde es posible penetrar el «alma de las cosas» *mirando el horizonte*, en evidente actitud romántica contemplativa.

Al finalizar la novela, la voz narrativa caracteriza a la «nueva generación [...] de gentes que parecían raras y no eran» que habitarían las islas:

Conocían el verdadero valor del tiempo y por lo mismo no tenían prisa. No tenían el apuro de tener cosas [...] Los hombres aprendieron una nueva forma de vivir respetando los derechos de los [que] tenían prioridad sobre las islas. Pidieron permiso a la fauna y a la flora para asentarse junto a ellas y contemplar los ocasos y las albas, y para poder mirarse hacia dentro buscando trascender y entendiendo el por qué del alma de las cosas [...] Los alemanes ya no decían de los colonos: estos vagos que no saben trabajar, ni los colonos decían de los alemanes: estos animales se matan trabajando [...] En las islas había sitio para los que querían huir de la devastadora civilización y había un sitio para los que nacieron al margen de la misma. En ese sitio cabía todo el universo [sus nuevos habitantes] sabían que estaban en el verdadero paraíso (203-4).

Este desenlace, además de recoger los elementos propios de una actitud romántica hacia las islas, entraña una visión de respeto hacia la naturaleza, a la que «se pide permiso» hasta para ejercer la contemplación y el consecuente arte de «mirar el alma de las cosas». En ese paraíso, desaparece la pugna entre matrices culturales de alemanes y colonos, considerada por Paulette de Rendón en su bitácora y por Jara Idrovo en «Carta de Navidad». El valor del tiempo se replantea, y la obsesión «de tener cosas» desaparece. Incluso, en un párrafo que he omitido, la muerte cambia su estilo de vida, por así decirlo. El calificativo «devastadora» que emplea para la «civilización» se acerca en mucho a la

crítica de la francesa, porque exige una revisión a los postulados fundamentales sobre los que se apoya. Al sentenciar que en las Galápagos «había un sitio para los que nacieron al margen de la [civilización]» y que ahí «cabía todo el universo», la voz narrativa amplía la gama de nombres⁷³ que otros autores han plasmado en las obras anteriormente indicadas, porque lo convierte en morada incluyente de todas las formas de expresión vital; eso sí, posible en un entorno utópico donde se han resuelto las conflictividades culturales, tras homogeneizar la actitud romántica desentendida de las prisas y el anhelo de posesión material.

Al iniciar el capítulo quedaron pendientes estas interrogantes: ¿Salvará el romántico el abismo? ¿Alcanzará la Edad de Oro?, y, si lo hace, ¿soportará vivir «fuera del tiempo», «fuera del mundo», en la deshora de la eternidad? La lectura de los textos escogidos me induce a concluir que los protagonistas de la visión romántica, fieles a su actitud insaciable, valoran estas islas del Pacífico, como ventana a la Edad de Oro y paisaje de la Naturaleza Ideal. Sin embargo, encuentro que las voces narrativas y poéticas tienden a contrastar y sopesar las ventajas y desventajas de la vida continental urbana con las de la vida isleña «premoderna».⁷⁴ Durante la contemplación, los visionarios románticos se impresionan con las imágenes idílicas y exacerbadas de lo otro (que incluye a los habitantes de las islas) y, por eso, terminan por exaltar sus valores y códigos de convivencia social, al tiempo que juzgan con dureza la lógica de su matriz cultural de origen.

Unos sostienen que –aunque sea por un instante– sí salvaron el abismo de la «conciencia de la escisión» entre ser humano y naturaleza, y lograron su propósito de reintegración; pero que, finalmente, encontraron que el «fin del mundo», no era ciertamente la *última* frontera para su peregrinaje interior. *Otros* descubren que su Edad de Oro se aloja en el mundo civilizado que añoran en las islas, y que, si bien parecía lo ideal salir del mundo, en realidad no podrían desligarse definitivamente de él, en gran medida por las *urgencias* de la vida que obligaron su retorno, urgencias que denuncian cuán inevitablemente afebrados siguen al ritmo urbano de las prisas.

En resumen, las islas Galápagos han sido representadas, desde una visión romántica, como el sitio donde el enlace entre Naturaleza y ser humano existe y es posible. El aislamiento geográfico y los imanes bibliográficos (lo que se dice sobre el archipiélago) han predisuesto al espectador-aventurero para que intente mirar el alma o los dos lados de las cosas, reflexione sobre el paisaje exterior, a la vez que formule una delicada meditación sobre el sentido de su

73. Por ejemplo: «fin del mundo», «mundo fuera de este mundo», «asilo de la locura y la primitiva poesía». Ni es lo último, ni está afuera, pues todo lo abarca, parecería decir la narradora.

74. Las representaciones literarias analizadas datan de la historia de las Galápagos anterior al desarrollo del turismo a gran escala y con él, más transporte, telecomunicaciones y migración.

existencia terrenal, tanto individual como de la humanidad entera. Finalmente, los textos analizados coinciden en expresar la nostalgia por la Edad de Oro, ya sea que esta se ubique en otro mundo, en otra era geológica, en la niñez, o en la ecúmene galapagueña, lo que da cuenta de la insaciable obsesión romántica de conexión entre el mundo exterior real con su mundo interior imaginario. En últimas, las islas Galápagos, en la visión romántica, resultan pretexto para contarnos acerca del «paisaje interior del hombre moderno»⁷⁵ menesteroso ser empachado de soledad, melancolía y sed de exotismo.

75. R. Argullol, *op. cit.*, p. 35.

CAPÍTULO III

Las islas Galápagos Entre la visión infernal y el proyecto utilitario

Durante la noche [Camilo Casanova] trató de descansar sobre una mancha de arena seca hallada entre los basaltos, mas las heridas y moretones seguían sangrando con dolores intensos. Aunque se hallaba en un mundo de completa soledad, por lo menos sentía el consuelo de hallarse lejos de aquel infierno donde agonizaban tantos seres atormentados.

Enrique Freire Guevara,
*Archipiélago del llanto*⁷⁶

[Grete] Estaba como alienada, saturada de inquinas, colmada de pesadumbres. Miraba la isla, los límites de esa cárcel inexpugnable de la cual nunca podría salir [...] Allí todos huían, todos mataban para poder salir.

Gustavo Vásconez Hurtado,
*La isla de los gatos negros*⁷⁷

¿Galápagos, un espacio paradisíaco por antonomasia, transfigurado en infernal, donde todos desaparecen, huyen, matan o mueren? Ya se ha mencionado que el interés turístico de las islas es relativamente reciente, motivado en gran medida por el valor que el archipiélago ha reportado y reporta para las ciencias naturales y sociales, además de los imaginarios exotistas que derivan de su rostro edénico. Sin embargo, y como se vio desde la crónica de fray Tomás de Berlanga de 1535, la visión que predominó largamente sobre las islas no fue

76. Enrique Freire, *Archipiélago del llanto*, Quito, CCE, 1999, p. 186. Las siguientes citas se remiten a esta edición.

77. G. Vásconez H., *op. cit.*, p. 199.

la romántica. Su solo nombre evocaba un espacio único y encantado, sí, pero en el sentido de hechizo maligno que atraía mala suerte, penurias y desgracias. Se lo juzgaba como archipiélago inhabitable y, por ende, ideal para funcionar como destino de los condenados o castigados por infringir la norma –la del capitán del barco, la del jefe de Estado, la del hacendado, etc.–.

En este capítulo me interesa indagar cómo se han imaginado las islas desde esta visión infernal, si existe o no una causa común a la que pueda ser atribuida; en principio, si el proyecto utilitario –ver las islas como mero recurso– tiene alguna conexión con este enfoque maléfico y, finalmente, si en los textos literarios seleccionados se encuentran intersticios de esperanza, tras tantos relatos de abrasador desamparo.

Las obras que he escogido⁷⁸ para analizar este tipo de representación insular derivan de eventos históricos que han dejado huella en la memoria social galapagueña, debido a que cuentan con testimonios de participantes directos o sus descendientes, lugares clave donde se desarrollaron aquellos eventos, fotografías, artículos periodísticos, documentos oficiales; así como también leyendas y novelas históricas.

Gran parte de las «historias trágicas»⁷⁹ giran en torno a una figura de poder que explota a otros para sacar provecho de las islas Galápagos, hasta que alguien decide sublevarse y *terminar con o escapar de* aquel yugo tiránico, a través de medios drásticos, en una maraña de intrigas, engaños, envidias, resentimientos y deseos de venganza. Entre ellas están la de Manuel «Jota» Cobos, la baronesa Wagner y la Colonia Penal. Cada historia acontece en una isla diferente y en períodos históricos consecutivos: San Cristóbal (1879-1904), Floreana (1929-1934) e Isabela (1946-1959), respectivamente. A estas obras, y para cerrar este primer estudio sobre las representaciones del Archipiélago de Colón en la literatura, he agregado la novela de ficción ciencia de Kurt Vonnegut titulada *Galápagos*, siguiendo las coordenadas anteriores, ubicada en Santa Rosalía (1986-un millón de años después).

MANUEL J. COBOS Y LA BÁRBARA AGENDA DE «EL PROGRESO»

Cuando Alejandro Carrión presentaba por primera vez la obra de Paulette E. de Rendón, analizada en el segundo capítulo, definía a su autora como «el hada

78. Excepto la novela de ficción ciencia del norteamericano Kurt Vonnegut.

79. Frase que da título a una obra del historiador quiteño Octavio Latorre, *La maldición de la tortuga. Historias trágicas de las islas Galápagos*, cuya primera edición data de 1987, con varias reediciones y que ha sido traducida al inglés.

milagrosa que salva, para siempre, la poesía de las Islas Malditas, hoy [1945] en trance de tecnificación, de prosificación definitivas...».⁸⁰ Casi siete décadas más tarde, ese «trance» no ha cesado y aquellos puntos suspensivos han cobrado retadora vigencia. La «prosificación definitiva» referida por Carrión bien podría equipararse con «continentalización», precisión conceptual que resume

el conjunto de presiones que tanto la sociedad local, como las fuerzas del mercado internacional ejercen sobre la sociedad galapagueña, para que promueva el mismo tipo de desarrollo que sacude y en otras ocasiones destruye el continente. Se reproducen las prácticas extractivas, las tecnologías sucias [...] Se busca llenar las islas de las mismas plantas conocidas, los mismos parajes de hormigón o las mismas atracciones asociadas al progreso que existen en Ecuador continental. La búsqueda de imitar un «patrón de consumo» alienta a su vez el consumo de recursos y el crecimiento económico sin horizonte finito.⁸¹

Ahora bien, este «conjunto de presiones» no resulta ajeno ni para la historia humana de las Galápagos anterior a 1945, ni para la literatura que ella ha inspirado en las últimas décadas. Me refiero a Manuel Julián Cobos, quien maquinó el «trance» hacia la «continentalización» de la isla de San Cristóbal, en el último cuarto del siglo XIX, al lograr el primer intento ecuatoriano de colonización permanente del archipiélago, anunciado ya en el primer capítulo.

Dueño de la hacienda El Progreso, aparece como la figura señora del proyecto modernizador en las islas Galápagos, nutrido de la racionalidad de acumulación incesante de capital, a la que se refieren Ospina y Ortiz cuando hablan del «consumo de recursos y el crecimiento económico sin horizonte finito». La vida y, en especial, las circunstancias que condujeron al homicidio de Cobos no solo han motivado valiosas investigaciones documentales⁸² y creativas representaciones teatrales en la isla San Cristóbal, sino que también han generado tres novelas históricas de autores ecuatorianos que recrean el motivo de su trágico desenlace: *El cacique de las Galápagos* de Juan Francisco Donoso Game (1994), *Archipiélago del llanto* de Enrique Freire Guevara (1999) y *Esclavos de Chatham* de Alicia Yáñez Cossío (2006).

En las tres narraciones citadas se repiten algunos nombres y hechos relevantes, que, a mi criterio, merecen ser enumerados por lo menos someramente. Manuel «Jota» Cobos, como el jefe que dirigió la hacienda desde 1879 hasta 1904, año en que fue asesinado por un grupo de conspiradores. José Monroy, so-

80. Alejandro Carrión, «Las últimas encantadas», en *Letras del Ecuador. Periódico de Literatura y Arte*, No. 5, Quito, CCE, 1945, p. 11.

81. Pablo Ospina y Bernardo Ortiz, «Crecimiento económico o sustentabilidad, ese es el dilema», en P. Ospina y C. Falconí, edit., *op. cit.*, p. 180.

82. De Octavio Latorre y Jacinto Gordillo.

cio del hacendado que negociaba desde Guayaquil los productos de El Progreso, a la vez que se encargaba de enganchar más peones para el archipiélago. Camilo Casanova,⁸³ exsoldado manabita que habría luchado en las montoneras de Eloy Alfaro, pero que por un delito disciplinario fue enviado a Galápagos, y que sobrevivió al destierro en la entonces deshabitada Santa Cruz, durante tres años. Una familia que se internó en un sitio remoto de la isla con el fin de evitar más castigos, pero que luego volvió a manos del patrón y fue severamente castigada. Felipe Lastra, mexicano que, sin preparación formal, concibió la idea de construir un acueducto desde la parte alta de la isla hasta el ingenio, y una carretera que permitiera transportar de la playa a la hacienda maquinaria y productos. También está presente el homicidio de cinco peones, culpados de intento de rebelión, con la particularidad de que Cobos convocó a una especie de votación de la colonia para legitimar tan extrema medida. En las tres narraciones se recalca la gran desproporción de habitantes con relación al género.⁸⁴ La asistencia de una mujer para tomar el arma de Manuel J. Cobos. El asesinato de Cobos y de Leonardo Reyna, su fiel Jefe Territorial. El escape al continente. La detención por parte de las autoridades colombianas. La deportación. La toma de declaraciones en un Juzgado de Guayaquil. El envío de una comisión al lugar de los hechos y la realización de una autopsia a los cadáveres. Todos estos hechos sirven de plataforma a los tres escritores para construir los relatos acerca de Manuel Julián Cobos (1835-⁸⁵1904).

En *El cacique de las Galápagos, Archipiélago del llanto y Esclavos de Chatham* se pone el acento en las condiciones que hicieron posible la existencia del proyecto utilitario de la Sociedad Cobos-Monroy: los antecedentes y las cualidades personales de Manuel Julián Cobos (el especial cuidado de su prestigio ante autoridades nacionales y visitantes extranjeros); el sistema de control sobre la peonada basado en la mayordomía armada, el espionaje, una amplia gama de castigos y las deudas impagables; y, el entremezclado abandono gubernamental de las islas con la impotencia de quienes sí querían denunciar el *infierno* que Cobos había creado. A continuación ilustraré esos elementos e indicaré de qué modo las islas Galápagos han sido representadas en cada una de las novelas mencionadas.

Juan Francisco Donoso Game, El cacique de las Galápagos

Este militar y narrador quiteño (1938), interesado en las ciencias sociales y aspectos de cultura ecuatoriana y latinoamericana, publicó en 1994 una

83. Mencionado en el epígrafe de este capítulo.

84. Se alude a prácticas sexuales entre hombres y con animales, tema también presente en las narraciones sobre la Colonia Penal de Isabela y en el cuento «Las sirenas de las islas Galápagos» del escritor ecuatoriano Ángel F. Rojas, en *Un idilio bobo*, Quito, Libresa, 1996 [1946], p. 247-265.

85. Octavio Latorre, *San Cristóbal y su historia*, Quito, Publicaciones, 2010, p. 52.

novela sobre la historia de Manuel J. Cobos. En ella imagina literariamente las causas que llevarían al esplendor y caída del proyecto extractivo del cacique cuencano.

Así, pues, en la ficción de Donoso Game interviene *madame* Louvois, partera y lectora del tarot, quien predice que Manuel será un empresario de mar, rodeado de enemigos y aventuras apasionadas; sin embargo, anuncia que su larga vida carecerá de ternura y terminará indeseablemente. Después el narrador describe la atropellada infancia de Cobos, castigado continuamente por su padrastro –hecho que a la larga explicaría su proceder en San Cristóbal–. Su juventud se desarrolla en la hacienda de una tía política, donde aprende las tareas administrativas básicas. Huye nuevamente de su padrastro y viaja a la Costa («Sitiada por rocas milenarias, a lo lejos, va quedando Cuenca con las personas que quiere recordar y con las gentes que quiere olvidar. Atrás un pasado de disgustos, privaciones, sinsabores, conflictos y pobreza»).⁸⁶ En Guayaquil conoce a su socio José Monroy, con quien prosperan en el contrabando marítimo. Para evitar líos con la justicia, Manuel J. Cobos parte a Galápagos. En el transcurso de dicha travesía, el narrador coloca a las islas en la visión romántica:

De pronto, en lontananza del Pacífico, las Galápagos se levantan como puestas por la magia suprema. En ellas, las especies más hermosas y exóticas, en ceremonia y paz, confirman la palabra de Darwin o la mano de Dios. Pero, lo que no cabe duda es que, por sobre todo, son las islas encantadas.

La geografía del Archipiélago, es nacida del desbordamiento de las entrañas hirvientes y de escultoras olas. *Melcocha gigante de un viejo enfriamiento*, las Galápagos, están habitadas por seres adaptados y evolucionados por sí solos; se diferencian de sus progenitores, por haberse convertido en especies distintas, gracias a la sabia naturaleza y a su paradisíaco y único entorno ecuatorial (Donoso Game, 1994: 96). Las cursivas son mías.

Con esta descripción daría la impresión de que Manuel J. Cobos, conmovido por el paisaje, se dedicará a contemplarlo y meditar sobre sí mismo. Pero, en el siguiente capítulo de *El cacique de las Galápagos*, titulado «La hacienda en la San Cristóbal», la voz narrativa da un giro al propósito de la contemplación, ubicándola por tanto, desde una visión utilitaria que ante todo prioriza la apropiación del paisaje:

Constantemente, a Manuel Cobos, se lo encuentra contemplando el paisaje. Su cerebro materialista, pragmático y extraordinario para planificar y producir dinero, *no puede* substraerse a las bellezas que le depara la isla. Instalado en los

86. Juan Francisco Donoso Game, *El cacique de las Galápagos*, Quito, Manuel Andes, 1994, p. 58. Las siguientes citas se remiten a esta edición.

sitios más altos de la San Cristóbal, otea los contornos pensando que «si vendo lotes de terreno para los gringos raros, vendrían por cientos a construir casas para veranear» (1994: 105). Las cursivas son mías, frase entre comillas en negritas en el original.

Es significativo que oponga diametralmente la capacidad para «subtraerse a las bellezas» con la de «planificar y producir dinero». Una y otra «no pueden» coexistir. La mirada no está perdida en el horizonte como en el caso de la actitud romántica; todo lo contrario, «otea los contornos» de la isla e inmediatamente cuantifica el territorio que considera como propiedad negociable a favor de sus intereses. Asimismo, la contemplación no se da con tranquilidad, sino que se realiza «constantemente», lo que da cuenta de un afán imparable por conseguir sus propósitos «pragmáticos».

¿De dónde toma el modelo para que la hacienda El Progreso se muestre «cada día más bella, pujante y próspera [haciendo] honor a su nombre» (153) ¿A costa de qué o de quién? El narrador sintetiza que la *exitosa* administración se debía a su particular naturaleza: «Mezcla de hacienda serrana, con vida de cuartel y régimen de prisión» (169). En palabras del propio Cacique: «no hay horario, no hay descanso, hay solamente una misión: cumplir antes que dormir. Solo así han triunfado los pueblos de Europa y América del Norte; siete días a la semana y cincuenta [¿y dos?] semanas al año, es el régimen del liberalismo manchesteriano. Todos a trabajar, no quiero vagos...» (170-1). Subyace un modelo de triunfo deseable, al que Manuel Cobos encamina a *su* isla. Trabajar sin descanso, para alcanzar los niveles de Europa y América del Norte. Esa sería la receta a seguir. Permitir que las leyes del mercado fluyan libremente, para que así funcione la maquinaria del progreso, propulsada por una sociedad esclavizada.

¿Cómo lograr tremenda misión? He mencionado ya que el control era una de las condiciones básicas para ejecutar el lucrativo proyecto de Cobos. El narrador explica los procedimientos a los que recurría el hacendado para imponer su ley, procedimientos que semejan en mucho, el panoptismo⁸⁷ de Michel Foucault, o el omnipresente Gran Hermano de George Orwell:

El manejo de gente tan heterogénea, de especial conducta y antecedentes, no es tarea fácil. A más de las faenas, casi sin descanso, el dividir en grupos de

87. Alicia Yáñez Cossío alude al mismo tópico, así: «[Cobos] Se había constituido en el ojo inmenso y omnipotente que podía ver lo que pasaba en la oscuridad. Era el compendio de todas las fuerzas y potencias oscuras y sombrías que penetraban en los resquicios de la mente para leer los más intrincados pensamientos y atisbar de qué lado se inclinaba más el latido de cada corazón», Alicia Yáñez Cossío, *Esclavos de Chatham*, Quito, Sano Placer, 2006, p. 12. Las citas se refieren a esta edición, p. 87.

trabajo y poner mandos responsables para el control, le han dado buenos resultados. La disciplina férrea, en base a un código de castigos a ultranza, doblaba todo intento de rebeldía y termina por «domesticarlos» y condicionarlos a la voluntad omnipotente de «El Cacique». Los hombres, han renunciado a su «derecho» de ser, convirtiéndose en sumisos cumplidores. Pero, para este sistema, dos elementos más son substanciales. El uno, el servicio de espionaje soterrado en base a la traición, el chisme, el chantaje y el dinero extra; transformando, a algunos hombres de confianza, en delatores. El otro, ese trato preferencial dado a las prostitutas, así como el mimo a decenas de jóvenes y niños «ahijados» –verdaderos soplonos hasta de sus propios padres–, le permite mantenerse informado de todo lo que sucede en la isla. Además, el grupo de guardias –casi cincuenta celadores–, ha convertido, a la hermosa isla, en el campo de concentración más retirado. Mil kilómetros de distancia los separa del Continente; de hecho, un impedimento que aísla, a la San Cristóbal, de las autoridades competentes; ello facilita que «Manuel Jota Cobos, por si acaso, las ejerce aquí de Dios y de diablo» (J. Donoso Game, 1994: 178). Frase entre comillas y en negritas en el original.

Sin duda, el despliegue de poder del hacendado llegó a filtrar en el más recóndito de los parajes sancristobaleños, durante 25 años. Por su efectividad, este proceder es sintomáticamente reiterado en las otras dos narraciones. Al situarse como el poder supremo, el cacique motiva la preparación de un violento plan de ambos bandos: «si no lo matamos nos mata» de los peones, por un lado; «si no les mato me matan» (245), de Manuel J. Cobos, por otro.

La visión del narrador hacia el tipo de relación entre ser humano/Cobos y naturaleza/Galápagos es la del intruso y codicioso que funde, por así decirlo, la Edad de Oro –con otros congéneres incluidos– para llevársela en lingotes a su paraíso «asociado al progreso material incesante»⁸⁸ (a propósito del intercambio entre peones por ganado con Antonio Gil, en la isla Isabela):

En estas islas de paz y tranquilidad donde, contagiados del ambiente idílico, la serenidad, el convivir y la armonía han dado sosiego y calma a los animales más duros y asesinos, como el temible tiburón tigre; solo el hombre, animal de ambiciones materiales extremas –impertérrito y frío a la belleza de la naturaleza en todas sus formas– es amo y señor de la destrucción y [la devastación] de la quietud y el orden del Archipiélago, sacrificando las islas con la sangre de otras especies y hasta con la de su misma raza: la humana (J. Donoso Game, 1994: 231).

Entonces, con la irrupción del hombre, la «paz», «tranquilidad», «armonía», «quietud» y el «orden» que reinaron en las islas se desmoronan de manera irremediable. El narrador no dice explícitamente –como se verá en las novelas sobre la baronesa Wagner– que todo proyecto extractivo está condenado al

88. Expresión tomada de P. Ospina y B. Ortiz, *op. cit.*, p. 180.

fracaso y que, en tal virtud, las islas rechazan la presencia humana; sino que el narrador de *El cacique de las Galápagos* sataniza la intervención humana –al menos en los términos desplegados por Manuel J. Cobos–.

La idílica convivencia, desde esta visión hombre-naturaleza, es únicamente posible entre la naturaleza no humana. El hombre desconoce, por tanto, todo anhelo de comunión cósmica que lo incluya. A más de la acumulación de capital, el «paraíso» de Cobos se amplía como máximo –y entre ensueños agonizantes– a una familia nuclear estable; jamás alude al contacto estético y/o respetuoso con la naturaleza.

Enrique Freire Guevara, Archipiélago del llanto

Maestro ecuatoriano atento a la cultura popular galapagueña, en especial, y ecuatoriana, en general, Enrique Freire publicó dos obras conocidas en las islas: *Leyendas de Chatam*⁸⁹ (1993) y *Archipiélago del llanto* (1999). En la primera, recoge 18 relatos cortos de la isla San Cristóbal, donde trabajó como docente a fines de los 80 e inicios de los 90.⁹⁰ La segunda obra aborda como eje central la historia de Manuel J. Cobos, a la que articula algunas de las leyendas⁹¹ de San Cristóbal. Tanto en la introducción como en la conclusión, Freire recalca que no se trata de neta invención, sino que existe un trasfondo documental y testimonial que respalda *objetivamente* la narración. Sin embargo, la forma en que ha simbolizado los hechos enumerados al inicio de esta «historia trágica», me permite afirmar que hay mucho de su «propia cosecha», con una intención por literaturizar, por así decirlo, impresionantes relatos de viejos colonos isleños. Me atrevo a decir que, a contrapelo del autor, se trata de una novela histórica. Adicionalmente, Freire incorpora dos poemas, *firmados* por Camilo Casanova y Elías Puertas, y acepta brevemente que «los personajes principales son auténticos, a excepción de uno que otro secundarios que la trama del relato ha exigido su accidental presencia».⁹² Estas observaciones me permiten justificar que *Archipiélago del llanto* es parte de la literatura que habla sobre las islas Galápagos.

89. En su presentación declara que su propósito «es rescatar algo de San Cristóbal que aún queda en medio de la avalancha desnacionalizadora. Si tal haber cultural fuese pura fantasía, no habría preocupaciones. Si tuviese rigor histórico, hay ciencias auxiliares que lo defiendan, pero como se trata de patrimonio aunque transeúnte pero valioso, es necesario rescatarlo antes que desaparezca». Enrique Freire, *Leyendas de Chatam*, Quito, CCE, 1993, p. 5.

90. Datos tomados de «Bibliografía general y comentada», incluida en P. Ospina y C. Falconí, *op. cit.*, p. 337-338.

91. Por ejemplo: «La maldición de la guayaba», «Los mangos estériles», «El pirata/capitán Lewis».

92. E. Freire, *Archipiélago....*, p. 232.

Me interesa destacar que «domesticar a la gente» es la expresión que se repite con mayor frecuencia en la novela. Ella sintetiza uno de los medios para que El Progreso produzca desenfundadamente, pero no el único. Al respecto el narrador dice:

El patrón que venía de visitar centros industriales de Europa y Estados Unidos, traía en mientes proyectos de modernización del ingenio. En función de ello había abierto créditos considerables en el exterior para el envío de maquinarias que viniesen a revolucionar el sistema de explotación de tierra y de hombres.

Había que abrir nuevos caminos, ganar mayores extensiones de tierras baldías, incrementar los cultivos de caña, remodelar las construcciones para las maquinarias, en fin, sentar las bases de una infraestructura destinada hasta entonces para el éxito de la gran empresa industrial y comercial (91-2).

Como se ve, el proyecto utilitario de Cobos iba creciendo geométricamente, en vista de que la tierra era fecunda y la llegada de deportados acontecía de manera regular. En consecuencia, toda inversión que permitiera seguir saqueando sus recursos valía la pena. El relato continúa con el vano intento de un Jefe Territorial que quiso cambiar el orden de El Progreso y que, finalmente, prefirió abandonar «la región donde el imperio de la ley no tenía cabida sino [para] la barbarie y la muerte» (112). De las múltiples descripciones acerca de los crueles tratos y las carencias a los que estuvieron sujetos los peones, he seleccionado la siguiente:

A partir de la modernización y ampliación de los predios de cultivo, se recrudecieron los trabajos forzados. Las embarcaciones traían semanalmente toneladas de alambre de púas. Allí comenzaba el calvario del acarreo desde la playa hasta los lejanos desbroces [...] La presión de los mayordomos era tal en este trabajo, que muchos de los recién llegados desfallecían ante el calor y el cansancio y no reaccionaban ante la sevicia del látigo o el garrote. Irónicamente decían los mayordomos que tal o cual peón ha muerto de «aviva» (116-7).

Esta alambrada, más las obras de *ingeniería* organizadas por Felipe Lastra, dieron prestigio a Manuel J. Cobos, quien –y en esto coincidirá la narradora de *Esclavos de Chatham*– cultivaba excelentes relaciones con los visitantes extranjeros y periodistas del continente, para dar la imagen del héroe que lograba amansar ese inhóspito y misterioso archipiélago: «Era el gran colonizador y *defensor del suelo patrio* en una región donde personalidades de la talla del General Villamil, Coronel [Williams] y José de Valdizán habían fracasado» (158). Las cursivas son mías.

Décadas antes de la historia trágica de la baronesa, Manuel J. Cobos se había declarado «Emperador de Galápagos», por tanto, con poderes absolutos sobre las islas. En la misma línea, los comentarios entre la peonada corrobora-

ban su mirada imperial-utilitaria –que a todo le pone precio–, sin reparo alguno sobre soberanía: «Se comentaba además, y esto ya no era un secreto, que había puesto en venta el archipiélago por la suma de quinientos mil dólares» (183).

Al final de *Archipiélago del llanto*, con las rotundas declaraciones de los abusos cometidos, la constatación de los lugares e instrumentos de tortura, así como el hallazgo de Camilo Casanova en una isla desierta, la voz narrativa indica cómo se fue desmitificando, ante las autoridades y la opinión pública, la hasta entonces admirable figura de prosperidad y patriotismo de Cobos. En esta novela histórica se subraya que la grandeza del ingenio, entendida como continentalización de la isla San Cristóbal a finales del siglo XIX, solo fue posible por medio de un «denigrante régimen de esclavitud y barbarie» (221), «sin más concurso que los desechos de la sociedad continental» (163). De forma similar a la novela de Juan Francisco Donoso, las islas son vistas como una desafiante empresa que preparó su autodestrucción, desde que se propuso modernizar (léase convertir en dinero) la naturaleza primitiva a través de la barbarie, entendida como la negación de la dignidad humana.

Alicia Yáñez Cossío, Esclavos de Chatham

A diferencia de la novela *Más allá de las islas, Esclavos de Chatham*, publicada en 2006, muestra una visión infernal del Archipiélago de Colón, generada por los excesos de Manuel J. Cobos. Se basa en investigaciones del historiador quiteño Octavio Latorre.⁹³ Con una extraordinaria capacidad de concreción, la voz narrativa presenta los elementos clave de esta historia trágica:

La empresa de Cobos había llegado a su apogeo y con las ganancias obtenidas en el comercio transformó la isla de Chatham en su imperio que lo mantuvo por espacio de veinte y cinco años a fuerza de una despiadada disciplina en la que no faltaron las cruentas flagelaciones, las ejecuciones y las torturas de toda clase que permitieron afirmar:

—En el cielo Dios y en la tierra Cobos.⁹⁴

En efecto, Cobos representó para la colonia de su hacienda una suerte de ser supremo, puesto que, al contrario de los latifundios continentales, no compartía el poder con autoridades políticas, ni eclesiásticas. La insularidad lo favoreció para que dispusiera a voluntad, como un dios, de la vida y muerte de los

93. La obra *Manuel J. Cobos, Emperador de Galápagos*, Quito, Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos, 1991.

94. A. Yáñez Cossío, *Esclavos...*, p. 12.

trabajadores. La ausencia de un «mesías», la impotencia y el abandono ingresan a la imaginación literaria con el fugaz paso por San Cristóbal de un clérigo:

Los afanes apostólicos del cura Hidrovo terminaron estrellándose frente a las burlas y cuestionamientos de los prisioneros. Ninguno de ellos necesitaba escuchar sermones porque las palabras no les permitían ser libres ni evitarse castigos. Consideraban que pocas cárceles del mundo podían parecerse a Chatham. *La mayoría aseguraba que no habían cometido ningún delito y que no sabían por qué les tenían como prisioneros.* Los más pacíficos esgrimieron sus argumentos, diciendo entre otras razones, que durante años, en todos los tonos, habían suplicado a Dios que viniera en su ayuda y no habían conseguido nada...

Lo único que pudo hacer el defraudado hombre de Dios, amparado en unas creencias que tenían más de cábala que de espiritualidad, fue embarcarse en el mismo barco que le trajo a las pocas horas de llegado y que le mostró las entrañas del verdadero infierno (71). Las cursivas son mías.

De este modo, la narradora identifica a los prisioneros como almas purgando penas inexistentes o acaso desconocidas. Tiene, además, el cuidado de desestigmatizar a los esclavos de Chatham, porque tradicionalmente se ha pensado que solo iban «desechos de la sociedad continental»; cuando, según describe Latorre y testimoniantes, buena parte de quienes llegaron eran personas sencillas que aspiraban salir de la pobreza, pero que muy pronto debieron asumir el desengaño provocado por la Sociedad Cobos-Monroy. El sinsentido y no la «domesticación humana» referida en *Archipiélago del llanto*, parecería haber doblegado la voluntad de los peones de Cobos, haciéndoles desacreditar la validez de todo tipo de creencia divina.

He encontrado dos similitudes con *El cacique de las Galápagos* que se refieren a las elucubraciones sobre la niñez del hacendado, y la mutilada posibilidad de redireccionar su estilo de vida.

En *Esclavos de Chatham* más que adjudicar la responsabilidad de las consecuencias inhumanas de El Progreso a la ambición de capital, la narradora sugiere que el tipo de maternidad y paternidad, basada en la privación de los afectos y el castigo físico, habrían engendrado un espíritu de resentimiento con la humanidad, que más tarde se descargaría en los demás: «es inevitable presumir [...] que Cobos tuvo una infancia de esas en las que hay heridas que no se curan [...] Una infancia tan triste que sirve para afirmar que no es la vida quien hace tiranos, sino las madres...» (86). La alternativa para romper ese círculo atroz, siguiendo algunas pistas del texto, sería el aprecio sincero —«lo único que no podía conseguir con dinero»— (94). Los pocos instantes de introspección se aproximan a develar esta carencia:

El brutal placer del poder no podía llenar el vacío de sus horas. Tenía dentro de sí un lobo que le devoraba las entrañas [...] y tenía que sacarlo en una silen-

ciosa lucha a muerte lamentando la ausencia del amigo que nunca tuvo, ansiano la presencia de una mujer que fuera libre y nunca sojuzgada para que hiciera contrapeso a su bestialidad, para que pudiera caminar por la playa cogido de su mano, mirando el atardecer y hablando sin palabras, solo eso... (90).

En la novela de Juan Francisco Donoso, a más de su hermano Ángel, sí había un gran amigo, José Monroy. Sobre la segunda fuente de afecto, las tres novelas aluden a un anhelo trunco de Manuel Julián Cobos: «vender su paraíso para irse a vivir junto a una dama limeña».

Las preguntas por el sentido de la vida, «claves [para] redimirle de su animalidad» (41) llegan a Cobos con la contemplación de la naturaleza de las islas Galápagos. Ahora bien, tanto en la imaginación literaria de *Esclavos de Chatham* como en *El Cacique de las Galápagos*, ese incipiente espíritu romántico se eclipsa

porque algo, algún ruido inoportuno, el canto de un pájaro, el lejano mugido de una vaca, el grito de una mujer, el rumor de las olas... le hacían recordar que se llamaba Manuel J. Cobos y que los kilómetros de alambres de púas con que estaba cercada su hacienda para impedir el paso de los perros rabiosos o la fuga de los prisioneros, tenía tres o cuatro postes derribados y debía mandar a levantarlos... (41).

O debido a que:

Un golpe de viento, hizo que salpique agua a su cara, despertándole a la realidad de su existencia práctica. La vida le ha dado más derecho a las dudas que a la confianza, ella lo hizo duro, firme y ambicioso, como que busca vengarse de sí mismo a través de los demás.

Tuvo antojos de orinar. Arrodiado en la borda y equilibrándose, desaguó sus reflexiones y nostalgias amoniales al mar [...] ¡«Caballo manso va para malo, mujer coqueta va para puta y hombre bueno, va para pendejo!» (J. Donoso Game, 1994: 117). Frase entre comillas y en negritas en el original.

Imposible, entonces, pensar más allá de la alambrada de púas que cercaba El Progreso, que, más que hacienda, en últimas, era su imperio y prisión a la vez. Cárcel, porque la lógica de apropiación ya estaba trazada desde lugares y épocas que excedían su experiencia vital, y debido a que, socioculturalmente, ser un «hombre bueno» (dedicado a servir a los demás, con sencillez, sensibilidad, consideración, generosidad, etc.) deviene en antípoda de una «existencia práctica», que demanda, siguiendo la cita de Donoso, desconfiar de todos, tratarlos con severidad y, ante todo, no permitir que nadie se atreva siquiera a burlarse de él.

Antes de pasar a la siguiente «historia trágica» novelada, debo enfatizar que los personajes de las narraciones estudiadas ocupan el primer plano, mientras que las islas Galápagos aparecen como un opaco escenario, ajeno a los conflictos humanos. Desde esta visión utilitaria, San Cristóbal cuenta como recurso a explotar —la «tortuga de los huevos de oro»—,⁹⁵ y no como ventana a la Edad Dorada donde todos los seres conviven armónicamente. En la hacienda de Manuel J. Cobos prima el dolor, la represión, la desilusión (para quienes sí creyeron encontrar un paraíso en la lejanía del archipiélago).

El mito del progreso supone que la tecnología puede salvar desgracias para el mundo; sin embargo, en las novelas sobre Cobos, la tecnología instrumenta sistemas de dominación (en este caso, el concertaje y el castigo a discreción) y propicia el mantenimiento y la expansión del control sobre la colonia de esclavos. Las novelas se nutren del recuerdo que demoniza a Cobos y enardece fatalmente El Progreso. La magnitud de este *proyecto utilitario*, dadas las condiciones sociales, históricas, políticas y culturales en que se llevó a cabo, demandó la aplicación de la violencia física extrema, circunstancia que le valió el calificativo de *infierno*.

FLOREANA NO RINDE PLEITESÍA A LA BARONESA WAGNER

Sobre esta célebre «historia trágica» de las Galápagos se han escrito dos novelas: *La sed* (1938) del escritor belga Georges Simenon y *La isla de los gatos negros* (1973) del ecuatoriano Gustavo Vásconez Hurtado. Ambas desarrollan su argumento con los personajes⁹⁶ que la protagonizaron, cambiando sus nombres e imaginando diversos motivos que los condujeron a un final marcado por el misterio y la ambición.

Antes de señalar de qué manera aparecen representaciones sobre las islas Galápagos en estas novelas, considero muy importante fijar la atención en las personas que llegaron a la isla Floreana, qué actitud asumieron al arribar a esa «otredad geográfica»; puesto que esa actitud derivó en gran parte de los imaginarios hacia la naturaleza que su matriz cultural mantiene desde siglos atrás hasta la actualidad.

Todos los personajes citados vienen desde Europa. Son herederos, por tanto, de una voluntad política expansionista, basada en la imposición de va-

95. Expresión recogida por el antropólogo ecuatoriano Jacques Ramírez en su tesis titulada *La pesca artesanal en la Reserva Marina de Galápagos: dinámica laboral y conflictos socio-ambientales*, Quito, PUCE, 2004, citada por P. Ospina, *Galápagos, naturaleza...*, p. 52.

96. Los datos históricos han sido precisados en el primer capítulo.

lores como la acumulación, consumo y enriquecimiento.⁹⁷ Su visión hacia la naturaleza es, al igual que en las novelas sobre Manuel J. Cobos, *racionalizante* (exótico caos a ordenarse); *extractiva* (el ojo del veedor se limita a explorar las posibilidades de explotación); y *disociadora* (percibe de modo dualista la naturaleza, deshabitada y ahistorizada, lista para ser conquistada, colonizada y, solo bajo esas condiciones, celebrada).

Por esta razón, la naturaleza aún no intervenida por Occidente (sus hombres y su tecnología) es codificada «en términos de dinero y dominio».⁹⁸ Este tipo de codificación está plasmado en una variedad de productos culturales, donde una y otra vez se recrea el gesto de dominación por excelencia, esto es, la escena de «Monarca de todo lo que veo» (345). Así, por ejemplo, en el estudio de la crítica anglo-canadiense Mary Louise Pratt se indica que: «En los escritos de la vanguardia capitalista [del siglo XIX] lo edénico y pastoril [comparable al capítulo anterior] es reemplazado por una visión modernizante y codiciosa, muy bien ejemplificada por un tropo que podríamos llamar ensoñación industrial» (264). Así, la mirada hacia la naturaleza se transformó de exótica/exuberante a árida/desértica, de objeto de goce estético a objeto de conquista económica, de designio cósmico de la naturaleza con valor intrínseco a mera fuente de materia prima.

Georges Simenon, La sed

Georges Simenon (1903-1989) fue un famoso escritor belga, con una vastísima obra novelesca en francés, nutrida de seres sórdidos, marginales o insospechados, que interactúan en medio de intrigas de corte policial. Entre 1934 y 1935 realizó un viaje alrededor del mundo. De entonces data la creación de *Ceux de la soif*, novela traducida como *La sed*. En ella, Eloise Wagner de Bousquet (la «baronesa») pasa a ser la *condesa Von Kleber*; el profesor Ritter, *Franz Müller*; Dore Strauch, *Rita Ehrlich*; Lorentz, *Kraus*; Phillipson, *Nic Arenson*; y los Wittmer se convierten en los *Herrmann*.

En *La sed*, ¿quién llevará a cabo la misión de progreso? ¿Cómo leerá las islas Galápagos? ¿Con qué matices recreará la escena de «Monarca de todo lo que veo»? ¿Su mirada se mostrará indiscutiblemente racionalizante, extractiva y disociadora o buscará tal vez revertir ese punto de vista, a contracorriente de

97. La perspectiva teórica a partir de la que interpreto el proceder de los personajes de este par de novelas está basada en las propuestas de Bolívar Echeverría, Mary Louise Pratt y Arturo Escobar.

98. Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997 [1992], p. 262. Las siguientes referencias son de esta edición.

su matriz cultural de origen? ¿Aquel bagaje actitudinal resultará infernal? ¿Para quién? ¿Para el/la monarca? ¿Para sus súbditos? ¿Para la naturaleza?

En la novela de Georges Simenon, efectivamente, se repite la escena de dominación. Su principal agente es la condesa Von Kleber, autodeclarada –de forma análoga a Cobos– «Emperatriz de las Galápagos». La narración está plagada de pasajes donde esta mujer hace demostraciones que acentúan su poderío sobre todo y sobre todos: sobre la isla Floreana, a la que llega para instalar el curiosamente denominado Hotel del Regreso a la Naturaleza; sobre sus dos acompañantes, Nic y Kraus (este último convertido en su esclavo); sus vecinos, los Herrmann; el pescador noruego, sus visitantes extranjeros, e incluso sobre el animal domesticado por el doctor Müller.

De su primer contacto con la naturaleza galapagueña he encontrado un par de expresiones que la sitúan como poseedora de la isla: 1. «[Ella] dominaba el mar en una actitud extraña de vuelo o de desaffo»,⁹⁹ y 2. Cuando pronuncia con «una voz de mando» a sus acompañantes: «Contemplad mis dominios... ¡Desde hoy soy la reina de Floreana!» (18). Las islas son representadas con dos palabras: «mis dominios». Ningún otro adjetivo que los pinte, caracterice o describa por lo menos ligeramente. Pesa su gesto de conquista por sobre exaltación alguna del valor estético de las Galápagos.

Los comentarios de los otros habitantes de Floreana dan testimonio de las relaciones de poder que la condesa estaba dispuesta a establecer. Los Herrmann dicen, por ejemplo, que «no está acostumbrada a trabajar. Se nota que siempre ha tenido un montón de criados. Manda a la gente sin darse cuenta» (63). De ahí que, poco a poco, «aquella mujer cobraba una importancia agobiante y, aun invisible, acababa dominando la isla con su personalidad» (91). Por esa actitud corrosiva, la atmósfera de la isla y su pequeño grupo de pobladores se volvía cada vez más densa. Por un lado, la Condesa intentaba reafirmarse como mujer autorizada para intervenir en las islas con su Hotel del Regreso a la Naturaleza; y, por otro, los demás habitantes agobiados por la intolerable sequía y ahogados por las pretensiones de la «Emperatriz de Galápagos», quien asaltó su búsqueda de solaz oceánico. Cuando la situación se vuelve incontenible, ella y Nic desaparecen sin dejar rastro. Frente a este hecho, el profesor Müller escribe:

Eso demuestra lo que siempre he sostenido, a saber, que lo que llaman *islas encantadas* no son lugar ni para la colonización ni para empresa de ninguna índole. La naturaleza se defiende por sí misma del orgullo de los hombres. Ayer encontré un toro muerto junto a la valla del jardín [...] Si la providencia no se apiada de esas criaturas, todas ellas morirán... [...] Y sin duda estará bien

99. G. Simenon, *op. cit.*, p. 17.

así (186). Las cursivas son mías. El sentido de esta cita se repite en Vásconez H., 1982 [1973]: 18.

Aquí, la misma naturaleza genera un ambiente tremendamente hostil para quienes aspiraban colonizarla, como si se tratara de un castigo infernal ante su porfía por sacar provecho de las islas. Tan solo Müller, el personaje filósofo, dio muestras de querer repensar el esquema dominador y escindido de su matriz cultural. Él fue a la isla abandonando su posición acomodada en Alemania para experimentar un acercamiento a la naturaleza –de diferente calidad o intención que el de la condesa–.

El profesor intentaba comprender si existen o no conexiones que salven el abismo entre Naturaleza y ser humano. Müller escribía en Floreana la «Teoría de los cuatro mundos», obra que ideaba «definir un nuevo equilibrio entre las fuerzas materiales y las espirituales» (G. Simenon, 2004 [1938]: 32), «reconstruir el nexo entre los diferentes mundos: el físico, el psicológico, el psíquico y el religioso» (48). De este modo, considero que pretendió acercarse, siguiendo el esquema de Arturo Escobar sobre las formas de conocer la naturaleza, a la *epistemología fenomenológica*, que postula la continuidad entre ser, hacer y conocer, negando así la separación del ser/sujeto-que-conoce y del mundo/objeto-de-conocimiento, característico de la *epistemología positivista*.

Escobar expresa que la fenomenológica «es una teoría muy diferente, no dualista, lleva a pensar la naturaleza como algo que está unido a nosotros, como vemos en las culturas indígenas y negras del Pacífico colombiano».¹⁰⁰ La *conexión* indagada por Müller, intrínseca a otras matrices culturales como las que alude Escobar, ubica a este personaje en un nivel de mentalidad diferente a la occidental, donde han desaparecido las distancias determinadas por la acumulación de capital (económico, social, etc.), y en consecuencia, las jerarquías que ubican al ser humano como «Amo y señor de la Tierra».¹⁰¹

Con todo, la imposibilidad de convivir con otras personas en armonía con la naturaleza de Las Encantadas, induce a pensar que, dentro de los valores de la matriz cultural occidental, los cuatro mundos circulan en órbitas bien diferenciadas, sin posibilidad de conciliadora alineación. Por eso, yo diría que en *La sed*, las islas Galápagos son representadas como un lugar desteñido¹⁰² que impide el éxito de las empresas de «Monarcas», «Emperatrices» y «Condesas» llegados desde el Viejo Continente, más aún cuando ellos apuntan a imponer

100. Arturo Escobar, «¿Cómo pensar la relación entre el ser humano y la naturaleza?», en *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005, p. 150.

101. Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM, 1995, p. 141.

102. Están ausentes las descripciones de paisajes panorámicos o entusiasmos por su peculiar biodiversidad.

una visión de mundo avasalladora. Se imagina, literariamente, una naturaleza empecinada en mantenerse inalterable.

Gustavo Vásconez Hurtado, *La isla de los gatos negros*

Este escritor y diplomático quiteño (1911-1988), emplea los datos referenciales sobre la historia trágica de la baronesa –más una considerable bibliografía que existía hasta la década de los setenta sobre el Archipiélago de Colón– para tejer la novela *La isla de los gatos negros* (1973). En el epílogo del texto, el autor explica los hechos históricos que la enmarcaron: período entre guerras, importancia estratégica de las islas Galápagos para la defensa del Canal de Panamá, y demostraciones de poderío bélico entre Estados Unidos, Unión Soviética, Japón, Alemania y Francia.

Para la preparación de la novela, según se deduce de las obras citadas en *La isla de los gatos negros*, el narrador acogió el planteamiento del investigador ecuatoriano Bolívar H. Naveda, bajo el título «Leyenda de Charles o Floreana», donde postula que el grupo de europeos inmersos en la historia fueron «agentes de una extensa red de espionaje en las Américas [a quienes] les estuvo reservado realizar trabajos de suma importancia como sondeos, poner señales, hacer estudios geográficos y descubrir lugares ocultos, apropiados para depósitos de combustibles».¹⁰³

En ese contexto, en la imaginación literaria de Vásconez Hurtado, Ritter pasa a ser *Weinhardt*, un espía nazi; la baronesa Wagner, *Lotte Von Rath*, vienesa al servicio del gobierno japonés, encubierta en la figura de una aventurera europea dispuesta a instalar el hotel Paraíso; Lorentz queda personificado en *Wernolf*, un muchacho comunista encargado de trabar relación con la baronesa para revelar información secreta a Rusia; Phillipson, otro de sus acompañantes, se convierte en *Jack Colvin*, de ascendencia nipona; los Wittmer, pasan a ser la familia *Lindemann*, compuesta por Gunter, socialista y antinazi, y su mujer, Matilde, con antecedentes judíos, ambos enviados a la isla Floreana por el servicio secreto del ejército alemán. Asimismo, algunos pseudo-visitantes de la baronesa resultan ser agentes del FBI. El noruego que fue encontrado junto a Lorentz en la isla Marchena, *Varanger*, aparece en la novela como comunista. Tan solo Dore, *Grete*, acompañante del doctor, parece ajena a los movimientos estratégicos en *La isla de los gatos negros*.

Decididamente, la isla se torna infernal para todos, no por su naturaleza, sino porque nadie confía en nadie. La pequeña comunidad de espionaje inter-

103. Bolívar H. Naveda, *Galápagos a la vista*, Quito, *Últimas Noticias*, 1950, p. 57. A ello añadiría que en *Ojos imperiales*, Pratt indica que los viajeros europeos, naturalistas y aventureros, fueron siempre blanco de dudas sobre espionaje por parte de los gobernantes de África.

nacional está constantemente intercambiando información con sus agencias, a la expectativa de códigos secretos y jugadas de sus cohabitantes. Interacciones que a la larga culminan con asesinatos a mano armada, envenenamientos, huidas clandestinas penosamente truncadas.

Adicionalmente, el narrador incluye una contraparte ecuatoriana de mirada monárquica sobre las Galápagos y sus habitantes: el comandante Quintanar. Especie grotesca de gobernador, esta figura militar se ocupa de martirizar a los soldados en San Cristóbal, repartir/comerciar las tierras en Floreana, abusar de los colonos isleños obligándolos a tributar con la cacería de ganado y tortugas, y la peletería de lobos marinos. Todo ello, para enriquecerse y a la vez cobrar venganza por haber sido castigado al aislamiento debido a su conducta política en el continente. Al recibir la noticia de una inminente dictadura militar, Quintanar reacciona de la siguiente manera:

¡Al diablo con las Galápagos!, pensó felizmente, ya se marchaba para siempre. El coronel Andrango debía llegar de un momento a otro [...] Que él se encargase de la guarnición, de esa tropa miserable, de los toros, las cabras, los colonos. *Él estaba harto de contemplar el mar, de no tratar con gente civilizada.* Si triunfaba la revolución iría a un alto cargo, edecán del nuevo presidente, adjunto militar, tal vez subsecretario del Ministerio de Guerra.¹⁰⁴

Aquí, las islas Galápagos quedan reducidas a una ecúmene bárbara –en el más peyorativo de los sentidos–. El mar no inspira celebración o meditación alguna, incluso la «ensoñación industrial» ha perdido su encanto. La naturaleza y sus colonos provocan tedio, fastidio, no son siquiera desafío que merezca interés por implantar proyecto utilitario alguno. Son, por sí solas, un infierno. Para Quintanar, la Edad de Oro parecería estar en el continente avasallado por la poderosa fuerza de las armas. La dirección de su mirada posiciona al archipiélago no como «fuente», sino como «estorbo» para la afirmación de su ser en el mundo.

La voz narrativa de la novela *La isla de los gatos negros* –esos gatos capaces de armar «tremendas luchas, según su inmemorial costumbre» (*Ibid.*: 1982 [1973]: 74)– orienta la atención del lector, a mi criterio, hacia los limitantes/atolladeros de la modernidad capitalista. La crítica a la que me refiero se acota en el epílogo, donde Váscquez Hurtado extiende su explicación histórica más allá de la Segunda Guerra Mundial,¹⁰⁵ y culmina ensalzando el paisaje pedregoso de las islas –otro mundo, antípoda de la sociedad humana y sus desenfrenos: «Las dunas de lava, los farallones, las crestas góticas de los volcanes en receso y las corrientes impetuosas continuarán preservando un mundo distinto,

104. G. Váscquez H., *op. cit.*, p. 260. Las cursivas son mías.

105. Habla de Baltra y los efectos del aislamiento en algunos soldados norteamericanos.

forjado por la naturaleza como un ejemplo para la especie humana, afanosa de exterminio y dominio universal» (G. Vásconez, 1982 [1973]: 295).

Así, pues, al final de la novela estudiada, las islas Galápagos aparecen como modelo a seguir por parte de la humanidad, dedicada a destruir y destruirse; idea plasmada por el crítico ecuatoriano Bolívar Echeverría, en la primera de sus 15 tesis sobre Modernidad y Capitalismo:

Son los atoladeros que se presentan en la modernización de la economía [...] los que con mayor frecuencia y mayor violencia hacen del Hombre un ser puramente destructivo: destructivo de lo Otro, cuando ello no cabe dentro de la Naturaleza (como «cúmulo de recursos para lo humano»), y destructivo de sí mismo, cuando él mismo es «natural» (material, corporal, animal), y no cabe dentro de lo que se ha humanizado a través del trabajo técnico «productivo».¹⁰⁶

Considero que esa tónica destructiva/infernal llega a las islas con la sombra de la guerra, situación de violencia extrema que obliga a repensar los «atoladeros» de la modernidad capitalista, en tanto modo de totalización civilizatoria, de la que contados sitios han logrado «preservarse incólumes». Mundos distintos y superpuestos donde, a lo mejor, podría inventarse una modernidad distinta, descartada ya en los actuales discursos progresistas de poder, que no abandonan el deslumbramiento de la escena del «Monarca de todo lo que veo». Hay, tras esa crítica, un destello de esperanza/utopía en la novela de Vásconez Hurtado, que coincidirá con Kurt Vonnegut en *Galápagos*.

En suma, *La sed* y *La isla de los gatos negros* se sirven de la historia trágica de la baronesa Wagner para trazar un clamor doliente por el viaje romántico fracasado, que, pensado en principio como experimento filosófico u hotel de lujo, termina convirtiendo a sus actores en reclusos de la ambición humana por alcanzar un «paraíso terrenal» equivalente a la «ensoñación industrial»; ambición propia o impuesta violentamente por otros. De ahí que ambos autores mantengan latente la representación infernal de las Galápagos: «Todo era lejano en esa isla donde los hombres se iban, perdían el juicio o terminaban muriendo. Isla refractaria al ser humano. Isla maldita que rechazaba la conquista del hombre, la colonización, la vida que no fuese otra que la inherente a su propia naturaleza» (G. Vásconez H., 1982 [1973]: 185). Refractaria, infernal y maldita, Floreana no rindió pleitesía a la baronesa.

106. B. Echeverría, *op. cit.*, p. 139.

COLONIA PENAL: HUIR DEL INFIERNO DE *BASALTO*

La colonia penal de Isabela (1946-1959) es la historia trágica que, a diferencia de la baronesa, ha pasado a la escritura algunas décadas después de ocurrida.¹⁰⁷ De sus 14 años de funcionamiento, provocan gran impresión los recuerdos infernales:

Las peores épocas han quedado grabadas en la mente de los testigos con el *horror* y el *espanto*. Era una lucha a *muerte* entre el *sadismo* de policías y la *rabia* de los penados. Cualquier descuido costaría la vida al otro [...] Las *liquidaciones masivas* eran frecuentes y el rito ordinario era hacerles caminar hacia el cráter cercano, obligarles a cavar una zanja en donde iban *cayendo tras las caricias de las balas* [...] en ciertas ocasiones enviaban allá a los criminales más avezados, con la secreta intención de liquidarlos [...] los policías eran escogidos entre los más duros y no pocas veces eran enviados allá como castigo. Se puede imaginar el resultado de estas dos fuerzas negativas [...] en conjunto fue un ejemplo de un penal mal llevado y en donde se dieron casos de *barbarie* comparables o que superaban los campos de concentración nazis.¹⁰⁸

Anteriormente circulaba en forma de leyenda dentro de las islas. Hoy cuenta con un monumento que da fe de su existencia, el denominado «Muro de las lágrimas». Pero, ¿cuándo y de dónde surgió la idea? ¿Por qué ha motivado la producción de textos que hablen de ella?

En 1944, el Congreso Nacional decretó el establecimiento del presidio en la isla Isabela, con la aspiración de rehabilitar y regenerar a los delincuentes, para que retornaran al continente como «hombres de bien». En 1945 inició su organización, pero no fue sino hasta 1946 que se implementó el presidio a partir de un decreto del entonces presidente Velasco Ibarra: «Créase la colonia penal con capacidad para trescientas personas a cargo de la Guardia Civil».¹⁰⁹ Se ubicó inicialmente en la base alterna de Santo Tomás ubicada en un antiguo cráter al sur de Isabela, construida cuando las islas fueron alquiladas a los EUA

107. Además de las narraciones históricas de O. Latorre, segmentos de dos obras de carácter testimonial reportan experiencias de quienes vivieron en las islas durante su funcionamiento: Jacinto Gordillo, *Relatos de 44 años en Galápagos*, Quito, Abya-Yala, 2000, 2a. ed.; y la historia de vida de la esposa de un policía que trabajó en Isabela, Blanca Castillo, en Pablo Ospina, comp., *Desde las islas Encantadas. Historias de vida de colonos en Galápagos*, Quito, CEN / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2005. Dos novelas ecuatorianas desarrollan esta «historia trágica»: *Isabela*, de Seymour L. Baltra, y *La colonia penal. muro de las lágrimas*, de Jaime Durán Arias.

108. O. Latorre, *El hombre...*, p. 347-349. Las cursivas son mías. Inicialmente desarrolla este relato en el capítulo «Isabela: los horrores de un penal», en *La maldición de la tortuga. Historias trágicas de las islas Galápagos*, Quito, 1992 [1987], 2a. ed., edición del autor, p. 205-230.

109. Cita del Registro Oficial publicado el 23 de mayo de 1946, en O. Latorre, *El hombre...*, p. 146.

durante la Segunda Guerra Mundial. Más adelante, se reorganizó en tres campamentos: Alemania, Santo Tomás y el de Puerto Villamil.

Antonio Constante Ortega (1934) ecuatoriano de variopintas y extraordinarias experiencias en las islas Galápagos, trabajó como policía en esa cárcel insular y, una vez clausurada, como guía naturalista. En 2003 publicó *Basalto. Etapa de terror y lágrimas durante la colonia penal de Isabela (memorias de un colono de Galápagos)*. En esa obra presenta, entre otros, eventos esenciales de la historia humana de Isabela, como la etapa del «Lobito» Durán (mentalizador del muro) y la narración de la fuga de 1959. Resulta interesante la concatenación de numerosos relatos de otros testigos: gente que vivió en Isabela antes,¹¹⁰ durante y después de la Colonia Penal, compañeros policías, Jacinto Gordillo (entonces párroco franciscano de la isla), colonos, reos que participaron en la planificación de la huida, penados reacios a fugarse; incluso describe los testimonios de exconvictos a quienes encontró de manera casual tiempo después.

Ahora bien, ¿cómo ingresan en este singular relato las islas Galápagos? ¿Aparecen representaciones cercanas a la visión romántica, o todo es «horror», «espanto», «muerte», «sadismo», «rabia» y «liquidaciones masivas»? ¿Existe conexión entre las experiencias infernales de brutalidad y el proyecto utilitario, tal como se constató en las novelas históricas de Manuel J. Cobos?

Antonio Constante explica que desde niño sintió atracción hacia el archipiélago, específicamente, a partir de las conversaciones de un cuñado que trabajó allá como Jefe Territorial: «escuchando sus fascinantes relatos se apoderó de mí un interés increíble por conocer las islas. Describía de extrañas aves y animales que no tenían temor del humano, de grandes manadas de animales salvajes y abundancia de varios tipos de frutas y qué decir de los recursos marinos» (A. Constante O., 2003: 15).¹¹¹

Esa fascinación infantil por una naturaleza exótica e insospechada, motivaría, años más tarde, su migración aventurero-voluntaria a Galápagos. La conmoción ante ese paisaje romántico está plasmada en varios momentos del texto y, además, al final incluye el apartado «Poemas», uno de ellos, «El muro de las lágrimas». ¹¹² Por ello, afirmo que existe, en medio del clamor de los «penados», la presencia de la visión sublime de las islas y sus pobladores:

Isabela con sus lugares misteriosos como el Porvenir, el Muro de las Lágrimas, el Estero, Alvarado, el Manzanillo y el Hueco de Sucre, es la isla de ensueño. Es un rincón encantado de las islas encantadas. En la que se puede meditar, soñar e inspirarse. *Meditar* que existe un Dios, Poderoso, Sabio y Bondadoso

110. Incluyendo trabajadores de la hacienda de Antonio Gil (fines del siglo XIX), por tanto, primeros colonos de esa isla.

111. Las siguientes citas se remiten a esta edición.

112. Publicado anteriormente en J. Gordillo, *op. cit.*, p. 129.

que creó esta hermosa isla para el estudio, recreación y bien de la humanidad [...] Se sueña sin estar dormido sintiendo uno que es parte de ella [...] *Poniendo los cinco sentidos, se puede inspirar todo aquel que tenga alma para ello*. La tranquilidad, el mar, sus bellos paisajes, son fuente de inspiración para quienes gustan del dibujo y la pintura. Componer canciones o poemas, es también una manera de identificarse con el amor a las islas o el lugar donde se vive. Aquí la gente es tranquila, amable, hospitalaria, alegre, gusta reunirse en las fiestas, convive en armonía, y se ayuda mutuamente. *La armonía y ayuda mutua, es lo que se ha aprendido de la naturaleza, cuando se tiene ojos para ver* (A. Constante O., 2003: 31-2). Las cursivas son mías.

Podría asegurar que esta cita resume sobradamente la perspectiva romántica analizada en el capítulo anterior. La actitud de Constante hacia la naturaleza y hacia otros congéneres, si se piensa en su función de guardia civil en la Colonia Penal, dista mucho del estereotipo de brutalidad policial que resuena en las líneas citadas al inicio de esta «historia trágica». Pero no por ello opaca los testimonios que describen a las Galápagos como sitio propicio para la condena y el abuso. He subrayado dos oraciones del párrafo citado porque considero que su sencillez encierra una sutil reprimenda a quienes han cerrado sus canales de percepción, enceguecidos, distraídos o deslumbrados por vaya a saber qué, y han relegado al olvido la «armonía y ayuda mutua» que enseñan Las Encantadas. Pero, al propio tiempo, sugiere que sí hay quienes tienen la capacidad para sentirse entonados con la naturaleza, y que han aprovechado la lección del ambiente isleño.

Uno de ellos podría ser Fortunato Pita, testimoniante que sobresale en Basalto a quien he citado en el primer capítulo. Esta notable presencia se debe a que fue uno de los primeros penados en llegar a la isla, que, según sus propias palabras, tuvo la suerte de pagar su pena como cocinero y no participar en la construcción del muro. En sus descripciones, la naturaleza de las Galápagos queda reducida a las piedras que vio cargar a sus compañeros:

Solo Dios sabe qué sufrimientos hemos soportado, pues *mis ojos han visto* llorar a cuántos de mis compañeros. *Vieron* quejarse, revelarse y maldecir los maltratos que recibíamos, aunque personalmente no me quejo porque a pesar de todo he nacido con suerte. No he puesto ni siquiera una piedra en ese maldito muro que nos han obligado a construir [...] *He visto con mis propios ojos* caer y levantarse a cuántos de mis compañeros cargados al hombro de tremendas piedras: cuando no podían sostenerlas, eran azotados y ya moribundos, eran rematados de un tiro, para después ser enterrados en el mismo sitio donde morían (110). Las cursivas son mías.

Aquí por ejemplo desaparecen las exaltaciones al mar, al paisaje volcánico, la mansedumbre de los animales, los frutos de las fértiles tierras isleñas,

etc. Se puede decir que la lógica que *llevó adelante* al centro penitenciario impidió que las islas Galápagos se manifesten apenas en los testimonios de los reos. Desde esa misma orientación, estos habitantes de Isabela pierden el don de la armonía y ayuda mutua de la cita anterior, y quedan divididos en dos bandos: verdugos y víctimas. En ese contexto, Pita encarna la figura del observador privilegiado e impotente a la vez, porque mira de lejos el infierno, pero no puede intervenir en absoluto, como si se tratara de una condena predestinada, ante la cual la voluntad humana nada puede hacer para liberarse, menos aún, afirmarse como ser.

Sobre las causas que condujeron a ordenar la construcción del muro, Constante, basado en un policía Torres, arguye que el capitán Durán habría buscado un medio para granjearse prestigio ante sus superiores. Hasta aquí, no existe relación alguna entre la condena infernal y el proyecto utilitario. No buscaba fortuna, pero sí, y esto coincide en parte con el «Cacique» de San Cristóbal, *fama*,¹¹³ una imagen de hombre cumplidor, capaz de dejar huella en el tiempo y en el espacio:

[Durán] recibió una orden en la que le sugerían eliminar a los convictos más peligrosos. Para quedar bien con sus superiores, aquel hombre déspota y sin escrúpulos, como lo habían calificado sus subalternos, buscaba la manera de cumplir la orden. Quería por todos los medios disponibles hacer una obra por medio de la cual le recuerden como el primero y gran conductor de esta prisión (Constante, 2003: 34-5).

Pese a este silenciamiento de las islas, sometidas a un «hombre déspota y sin escrúpulos», reducidas a mera prisión, sí hay un segmento en el que la naturaleza interactúa con el ser humano. Sin embargo, y de forma análoga al basalto del muro, lo hace para coparticipar en los castigos de los guardias civiles. Se trata de «El Mate (o Pulpo)», un árbol de bototo,¹¹⁴ ubicado en medio del campamento Alemania, utilizado para aplacar brotes de desobediencia. En el relato, este árbol cobra vida(s):

sus brazos se van alargando más y más como si buscara abrazar a más víctimas para atenzarles en sus entrañas. Parece que se hubiese alimentado de quejas y ayes.

113. De algún modo, otra forma de capital. Siguiendo a Bourdieu, a mayor capital específico (económico, simbólico/informacional, social, político, de fuerza física/militar), mayor poder, lo cual deviene en distinción dentro del campo respectivo. Pierre Bourdieu y Loïc J. D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.

114. Incluye dos fotografías: una de 1967 y otra de 2003, donde se aprecia cuánto han crecido las ramas de «este otro testigo mudo de lo que fue la horrorosa Colonia Penal de la isla Isabela» (A. Constante, 2003: 128).

Es que «el Mate», si fuera un ser que hablara, contaría los casos de cada uno de los castigados de diferentes maneras ante su presencia. Era compañero de los penados que han soportado los suplicios [...] En él fueron apaleados, amarrados y flagelados, colgados cabeza abajo, metidos en tanques de hierro y luego tapados. Para exponerlos como en un horno ante el calor del sol [...] A otros les habían atado con betas contra el Mate para que permanezcan dos o tres horas en la noche y los mosquitos se encargaran del resto (125 y 127).

Vejaciones de este tipo devendrían suficientes para justificar los diferentes intentos de venganza y/o fuga de los penados. Sin embargo, fue lo que he denominado como *el proyecto utilitario* el factor precipitante del exitoso escape de 1959. ¿Por qué?

Antonio Constante, casi al finalizar su obra, en el acápite «El por qué de la evasión», trae a colación el testimonio de uno de sus ex compañeros, Hugo Salazar, quien atribuye la causa de la huida a un abuso por parte del Director en uno de los tratos de producción: en lugar de pagarles por su labor en la cosecha de café, les dio una reprimenda, asegurando que lo recolectado habría estado inmaduro y que, en el viaje al continente se habría podrido, acarreando pérdidas para el jefe, razón por la cual les habría entregado una miseria. Así, «Esta clase de abusos [episodio del café] sumados a otros ya pasados [el muro] habían servido para que vaya acumulando en el saco de la venganza, todas estas injusticias hasta que ese saco se rompió dejando como conclusión, las consecuencias descritas» (207). Esta actitud coincidiría con los comentarios anónimos sobre el destino de los esfuerzos de los presidiarios, así como de los recursos destinados a ellos: «Se ha contado que la Colonia se convirtió en una mina de oro. Se vendían los víveres que el Estado mandaba para los penados y policías. Se había puesto un gran almacén en Puerto Villamil y se vendían víveres y medicinas a todo el mundo. Se vendía también las fugas de los penados, organizándolas y algunos de ellos llegaron a Esmeraldas. Se vendía el trabajo de los penados para que sirvan de peones a los colonos [...]».¹¹⁵

Es decir que el capitán que administraba la Colonia Penal utilizaba a los presos como mano de obra casi gratuita para su enriquecimiento personal, del mismo modo que el hacendado de San Cristóbal con los deportados y enganchados en El Progreso, y la baronesa con sus pocos «súbditos» de Floreana, para el lucimiento de El Paraíso.

115. Jaime Durán Arias, *La colonia penal. El muro de las lágrimas*, Quito, Sociedad de Egresados del Instituto Nacional de Policía, 1998, p. 158-159.

GALÁPAGOS: LA POS APOCALIPSIS DE LOS CEREBROS VOLUMINOSOS

Matadero 5 (1969) es una de las novelas más conocidas de Kurt Vonnegut (1922-2007). Este escritor norteamericano vivió de cerca la Segunda Guerra Mundial y, a partir de esa espeluznante experiencia, imprimió en sus novelas distópicas y ensayos una fuerte crítica hacia la sociedad contemporánea, particularmente la codicia y ambición ilimitadas, que sustentan el afán belicista para acaparar el poder en el ámbito mundial.

En 1985 publicó la novela de ficción ciencia *Galápagos*. El fantasma de León Trout,¹¹⁶ su voz narrativa omnisciente, refiere cómo la humanidad evolucionó entre 1986 y un millón de años después, a partir de los desastres planetarios ocasionados por el mal uso de sus otrora voluminosos cerebros. El reducido grupo de personas¹¹⁷ que se salvaron de esa hecatombe, había llegado a Santa Rosalía, supuesta isla desierta ubicada al norte de las Galápagos, en el barco *Bahía Darwin*. Este, en principio, había sido destinado a llevar a personalidades mundiales en «the Nature Cruise of the Century»,¹¹⁸ traducido como «el Crucero del Siglo para el Conocimiento de la Naturaleza»; pero que terminó naufragando con un puñado de desconocidos, por el lanzamiento de bombarderos y misiles elaborados con moderna tecnología americano-japonés-israelí:

Este nuevo explosivo era una verdadera bendición para los voluminosos cerebros de los científicos militares. En tanto mataran a la gente con armas convencionales y no nucleares, se los alababa como estadistas humanitarios. En tanto no emplearan armas nucleares, parecía, nadie llamaría por su nombre a todas las matanzas que venían sucediéndose desde el fin de la Segunda Guerra Mundial que sin duda era la «Tercera Guerra Mundial».¹¹⁹

Nuevamente –recuérdese la maquinaria de Cobos– la tecnología sirve para orgullo de la inteligencia humana, tanto de quien la desarrolló como de quien la adquirió. La diferencia en cuanto al uso de la tecnología radica en que, en el caso de la hacienda de San Cristóbal, aumentaba la productividad del ingenio azucarero; mientras que en este otro, esos «nuevos explosivos» servían

116. En la trama, hijo de Kilgore Trout, inquisitivo escritor de obras de ficción ciencia.

117. Compuesto por seis niñas de la supuesta etnia amazónica «kanka-bono»; Adolf von Kleist, déspota capitán del barco; Mary Hepburn, profesora de biología que experimentó con el esperma de Adolf en las indígenas; Selena Macintosh, hija ciega de un acaudalado inversionista bancario; e Hizako Hiroguchi, esposa embarazada de un genio en computadoras de origen japonés que habría creado el omnipresente «Mandarax», máquina del saber humano, fuente de citas bibliográficas.

118. Kurt Vonnegut, *Galápagos*, Londres, Flamingo, 1994 [1985], p. 29.

119. K. Vonnegut, *Galápagos*, 1988, p. 159.

para conseguir la rendición del país bombardeado: paso previo para repetir la escena de «Monarca de todo lo que veo [destruyo]».

En el transcurso de la novela, Trout pone el acento en que «las infernales computadoras craneanas [...] incapaces de moderarse o de estarse quietas; siempre [...] buscando nuevos problemas con los que enfrentarse» (292), habrían sido utilizadas hasta el siglo XX, únicamente para aparentar, mentir, «parlotear sin ton ni son» (214), e invertir todo su ingenio científico para inventar sofisticadas armas para autoagredirse y violentar a otros, incluida la naturaleza de la que se consideran escindidos:

He descrito ya la mayor parte de los acontecimientos y las circunstancias que me parecen cruciales, en relación con la milagrosa supervivencia de la humanidad. Los recuerdo como si fuesen llaves de extraña forma, destinadas a una sucesión de puertas cerradas, la última de las cuales abre una *perfecta felicidad*.

Una de esas llaves, sin duda, era la *ausencia de herramientas* en Santa Rosalía, excepto una débil combinación de huesos, ramas, piedras y tripas de pescado... y tripas de ave.

Si el capitán hubiera tenido algunas herramientas decentes, palancas, picas, palas, etcétera, seguramente habría encontrado el modo de obstruir la fuente [de agua en la isla Rosalía] *en nombre de la ciencia y el progreso*, o de hacerle vomitar todo el contenido del cráter en solo una o dos semanas (293). Las curativas son mías.

El fantasma-narrador, asediado por el túnel azul de la muerte, explica que, por medio de la ley de selección natural, la humanidad llegó a la «perfecta felicidad» (Edad de Oro) del no pensar y no dañar a nada ni a nadie «en nombre de la ciencia y el progreso». Un millón de años después, indica, ya no existen esclavitud, ni motivos para llorar y nadie lleva vidas de callada desesperación, como en 1986. Ningún ser humano «puede sostener ningún arma, y es fácil alejarse de ellos nadando» (163). Los peces, principal alimento de este nuevo ser, regulan los ciclos reproductivos, derribando la complejidad de emociones y sentimientos que generan los impulsos biológicos que evitan la extinción humana, impulsos en permanente tensión con las convenciones culturales asociadas a los roles de pareja, padre, madre, hijo, y las discusiones relacionadas con la gama de estados civiles posibles/aceptados y el aborto.

Esa nueva humanidad,¹²⁰ libre del proyecto utilitario y, por ende, aligerada de toda forma de ejercicio de explotación, atrocidades y genocidios, instaura una Edad de Oro que concuerda con la visión romántica y, además, permite entrever que –ante tanta muerte, maldad y absurdo– la esperanza, la bondad,

120. Con piel de foca, dos aletas como únicas extremidades, con una infancia de apenas nueve meses, y un promedio de vida de 30 años.

el sentido y los aprendizajes son inherentes a la condición humana.¹²¹ En Santa Rosalía, los descendientes de la tripulación del *Bahía Darwin* logran lo que todas las fuerzas e inteligencias del siglo XX no lograron:

Los colonos originales nunca llegaron a unirse en una sola familia. Las generaciones subsiguientes, sin embargo, después de haber muerto el último de los viejos, se unieron en una familia que incluía a todos. Tenían una lengua común, una religión común y algunas bromas, canciones y danzas comunes, casi todas ellas kanka-bonas. Y Kamikaze, cuando le tocó ser un hombre viejo, se convirtió en algo que el capitán nunca había sido, un venerado patriarca. Y Akiko se convirtió en una venerada matriarca.

Sucedió muy rápido: la formación de una familia humana perfectamente coherente a partir de materiales genéticos tan azarosos. Era hermoso verlo [dice León Trout]. Casi hizo que yo amara a la gente tal como era entonces, con grandes cerebros y todo lo demás (Vonnegut, 1988 [1985]: 295).

Y casi al final agrega:

Si alguna especie de ser sobrenatural o los pasajeros de los platillos [voladores], esos predilectos de mi padre, hicieron que la humanidad armonizara consigo misma y con el resto de la Naturaleza, yo no los sorprendí en el proceso. Estoy dispuesto a jurar que la ley de selección natural llevó a cabo la reparación sin ninguna clase de asistencia exterior (314). Las mayúsculas son del autor.

Como se ve, la voz narrativa de *Galápagos* amplía la descripción de las «llaves» que llevarían a la «perfecta felicidad»: una familia coherente que incluya a todos y que con el paso del tiempo concrete el anhelo de armonización entre seres humanos y de los humanos con la naturaleza, conciliación ajena a la autodestructiva época de los cerebros voluminosos. Durante esa evolución, la tecnología se detiene y retrocede, para dar paso a las expresiones culturales «kanka-bonas», en un idílico recomienzo de la humanidad.

Al iniciar este último capítulo me pregunté cómo se habían representado las islas desde esta visión trágica, si existía o no denominador común que la genere, si el proyecto utilitario –ver las islas como mero recurso– tenía alguna conexión con este enfoque infernal, y finalmente, si en los textos literarios seleccionados cabría esperanza alguna tras tantos relatos de desamparo.

Una vez estudiados los relatos sobre Manuel J. Cobos, la baronesa Wagner, la Colonia Penal y la novela de ficción ciencia *Galápagos*, puedo concluir que el archipiélago ingresa a la literatura como espacio potencialmente conquistable y capitalizable, que requiere mano de obra gratuita (o casi), para prospe-

121. Esta idea se anuncia desde el epígrafe de *Galápagos*: «A pesar de todo, sigo creyendo que la gente es realmente buena en el fondo. Anne Frank (1929-1944)».

rar. Para ello, se vigila y somete de forma sangrienta a los trabajadores de El Progreso, a los vecinos de El Paraíso u Hotel del retorno a la naturaleza, a los prisioneros de la Colonia Penal, o a los soldados y civiles coetáneos del Cru-cero del Siglo para el Conocimiento de la naturaleza. En todos los casos, el fin perseguido se mostró digno de admiración por el grado de dificultad y audacia que entrañaron. Fueron –porque así se los presentó hacia fuera– heroicos. Y, como en toda batalla, los héroes se armaron con la tecnología disponible y la venia de la «opinión pública» para encumbrar el «trance» de su incesante lucha por continentalizar/tecnificar/prosificar las oceánicas/primitivas/poéticas islas Galápagos. Y sin embargo, pese a los esfuerzos *bienintencionados* de heroínas y héroes, la hacienda de Cobos terminó perdiéndose entre cenizas y *maleza*, la baronesa desapareció, el penal fue clausurado, y la acuática humanidad consiguió armonizarse consigo misma y con el resto de la naturaleza.

La lectura de los textos seleccionados me deja la impresión de que, en efecto, las «islas Malditas» acaban encontrando, como decía Alejandro Carrión, un «hada milagrosa» capaz de salvarlas¹²² «para siempre». Hada que pudo haber sido la organización de los colonos y reos para escapar del infierno (el de caña de azúcar o el de basalto), la naturaleza «que se defiende por sí misma del orgullo de los hombres y sus empresas» (Simenon, 2004 [1938]: 17), o simplemente la ley de selección natural de Darwin. Pero, más allá de la visión infernal y el proyecto utilitario, se devela la esperanza, el anhelo de libertad y la preservación de la vida. Se impone *la sed* de infinito, el «*ethos* romántico».

122. Nótese la tradición mesiánica de la cultura occidental.

Conclusiones

Considero que el principal aporte de este estudio sobre las islas Galápagos en la literatura radica en mostrar que, además del legado científico-naturalista de Charles Darwin, este basáltico archipiélago tiene mucho que decir no solo a la sociedad ecuatoriana, sino a la humanidad entera en cuanto al rumbo que persigue a la luz de la «modernidad capitalista» donde la concepción de «progreso tiende a agotarse en lo material.

Conocer la peculiar historia humana y las creaciones literarias que las Galápagos han inspirado conducen, con toda seguridad, a un cambio de actitud hacia Las Encantadas. ¿Por qué? El examen de este corpus invita a mirarlas desde una perspectiva cultural que no las reduzca al estereotipo de mero «museo natural» que debe salvaguardarse prístino para admiración de sus visitantes. Esto, debido a que desde la segunda mitad del siglo XX el imaginario occidental ha reforzado la asociación *islas Galápagos-Darwin-origen de la vida-conservación*. Otras conexiones de suma trascendencia han quedado relegadas: son ecuatorianas, por tanto, sus ciudadanos tienen el deber y el derecho de conocer su pasado, y tomar democrática y concienzudamente todas las decisiones que conciernan a su presente y futuro; están pobladas por seres humanos de manera permanente desde el siglo XIX; han sido escenario de sistemas de explotación continental, reproducidos con sorprendente atrocidad e impunidad, gracias a la condición de insularidad oceánica. Desde la literatura, también se pueden apreciar las consecuencias –a todo nivel– del abandono estatal en aquellas zonas alejadas mil kilómetros de los centros de poder político y económico, así como las graves falencias de los programas de «rehabilitación social» equivalentes a confinamiento y maltrato. Además, los textos seleccionados evidencian que las Galápagos no solo han recibido a cosmopolitas «hartos de la vida urbana y sedientos de exotismo», sino también a personas que huyen del horror de la guerra y la pobreza, dos formas de violencia que, a pesar del alto grado de desarrollo científico y tecnológico alcanzado, no se han podido/sabido/querido solucionar hasta la actualidad.

Asimismo, es significativo encontrar que la contemplación romántica no se limita a la nostalgia por la Edad de Oro perdida o inalcanzable, o a la exaltación de la magnificencia geológica y de la belleza biológica del archipiélago;

sino que, basándose en la observación de la mansedumbre animal y la interacción con sus habitantes, el yo romántico inquiere acerca del lugar de la bondad y la solidaridad humanas en la vida contemporánea y, más aún, replantea el sentido de lo que convencionalmente se ha considerado como «civilizado» y «bárbaro». La mayoría de voces narrativas subrayan, por ejemplo, el contrasentido de emplear medios «bárbaros» –que devienen infernales– para lograr objetivos «civilizatorios» –cristalizados en el proyecto utilitario–. En esa línea, las obras estudiadas sugieren, de una u otra forma, reconsiderar el imperativo de –«en nombre de [el mercado] la ciencia y el progreso»– atropellar a otros congéneres, a la naturaleza no humana y aun propiciar la autodestrucción.

He buscado multiplicar las lecturas posibles del archipiélago, incluso del texto literario de referencia canónica: *Las Encantadas* de Herman Melville, trabajando otras imágenes más allá de los «montones de escoria», esto es, privilegiando la presencia humana en contacto con ese espacio único. Curiosamente, los habitantes descritos no conforman un todo homogéneo idílico. Al contrario, los narradores y la voz poética los comparan entre sí: los «cholos americanos», «sencillos, naturales, sin maldad ni maledicencia» en oposición a «los europeos» de «corazón endurecido» que aspiran a «volver a ser civilizados»; los «isleños» que ven «el alma de las cosas» y los «continentales», atados al «mundo de las prisas»; la voluntad de dominio de la baronesa en pugna con sus pacíficos coterráneos en Floreana; las víctimas y verdugos en San Cristóbal e Isabela; y los conflictivos cerebros voluminosos tan distantes de la tranquila humanidad germinada en Santa Rosalía. Eso sí, pienso que el ejercicio de comparación más enriquecedor está todavía por hacerse, acaso cuando comprendamos que la evolución y convivencia pacífica entre seres humanos diversos, y de todos nosotros con la naturaleza a la que estamos unidos es, hoy más que nunca, necesaria.

Sitio excepcional para imaginar una humanidad incluyente, armonizada consigo misma y con la naturaleza, ese «grupo de satélites» llamado Galápagos revela, desde su literatura, un «ethos romántico» portador de esperanza, sed de infinito, inconformidad permanente, búsqueda inacabada y valor a la subjetividad, esenciales propulsores de la condición humana, *ethos* que ha permanecido subutilizado.

Bibliografía

Fuentes directas

- Constante O., Antonio, *Basalto. Etapa de terror y lágrimas durante la colonia penal de Isabela (memorias de un Colono de Galápagos)*, Guayaquil, PATO, 2003.
- De Rendón, Paulette, *Galápagos las últimas islas encantadas*, trad. Miguel de Ycaza Gómez, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE), Núcleo del Guayas, 5a. ed., 1978 [1946].
- Donoso Game, Juan Francisco, *El cacique de las Galápagos*, Quito, Manuel Andes, 1994.
- Freire, Enrique, *Archipiélago del llanto*, Quito, CCE, 1999.
- Jara Idrovo, Efraín, *El mundo de las evidencias. Obra poética, 1945-1998*, edición y estudio introductorio de María Augusta Vintimilla, Quito, Libresa / Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB-E), 1998.
- Melville, Herman, *Las Encantadas*, estudio introductorio y notas de Valeria Molina Rueda, Quito, Libresa, 2004 [1856].
- Ortega y Gasset, José, «Galápagos, el fin del mundo», en *Espíritu de la letra*, edición crítica de Ricardo Senabre, Madrid, Cátedra, 2a. ed., 1998 [1927], p. 70-77.
- Simenon, Georges, *La sed*, trad. Javier Albiñana, Barcelona, Tusquets, 2004 [1938].
- Vásconez H., Gustavo, *La isla de los gatos negros*, Quito, Quimera, 1982 [1973].
- Vonnegut, Kurt, *Galápagos*, trad. Rubén Masera y F. Abelenda, Buenos Aires, Minotauro, 1988 [1985].
- *Galápagos*, Londres, Flamingo, 1994 [1985].
- Yáñez Cossío, Alicia, *Más allá de las islas*, Quito, MACAC, 3a. ed., 2006 [1980].
- *Esclavos de Chatham*, Quito, Sano Placer, 2006.

Fuentes indirectas

- Ahassi, Cristina, «Procesos de adaptación cultural y símbolos implicados», en Pablo Ospina y Cecilia Falconí, edit., *Galápagos. Migraciones, econo-*

- mía, cultura, conflictos y acuerdos*, Quito, Corporación Editora Nacional (CEN) / UASB-E / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2007.
- Alfaro, Eloy, «Mensaje especial del Poder Ejecutivo al Congreso Nacional de 1901 sobre el Archipiélago de Colón», en Olmedo Alfaro, *Las islas Galápagos y su situación actual*, Guayaquil, La Opinión Pública, 1930.
- Argullol, Rafael, *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona, Acantilado, 2006 [1983].
- Avella, Francisco, «Islas: espacios y territorios», en *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- Balseca, Fernando, «Las islas por fuera: Galápagos y la imaginación literaria», ponencia presentada en el *Coloquio Científico Internacional Galápagos: Ciencias Sociales para una sociedad sostenible. Hacia un foro permanente de reflexión sobre la sociedad galapagueña*, Quito y Santa Cruz, UNDP / UASB-E / FChD / INGALA / PNG / Programa Araucaria XXI AECI, 1 de agosto de 2006.
- Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 [1939].
- Bourdieu, Pierre, y Loïc J. D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.
- Carrión, Alejandro, «Las últimas encantadas», en *Letras del Ecuador. Periódico de Literatura y Arte*, No. 5, Quito, CCE, 1945.
- Carvajal, Iván, *A la zaga del animal imposible*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2005.
- Cueva Tamariz, Agustín, «Charles Robert Darwin. Una conmemoración centenaria. Fragmentos de un ensayo», en *Letras del Ecuador. Periódico de Literatura y Arte*, No. 114, Quito, CCE, 1959.
- Darwin, Charles, *Autobiografía y cartas escogidas. Selección de Francis Darwin*, trad. María Luisa de la Torre, Madrid, Alianza, 1997.
- Darwin, Charles, «Islas Galápagos», en *Viaje de un naturalista*, trad. Víctor Pzancoyalba, Navarra, Salvat / Alianza, 1972 [1839].
- Del Busto Duthurburu, José Antonio, *Túpac Yupanqui, descubridor de Oceanía*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2007.
- Diario El Comercio*, «La población de Galápagos es la que más crece», 25 de abril de 2007, p. 19.
- Echeverría, Bolívar, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM, 1995.
- Escobar, Arturo, «¿Cómo pensar la relación entre el ser humano y la naturaleza?», en *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005, p. 145-155.

- Espinosa C., Simón, «Las grietas del obstinado olvido», prólogo en Octavio Latorre, *Manuel J. Cobos, Emperador de Galápagos*, Quito, Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos, 1991, p. ix-xii.
- Fernández Retamar, Roberto, *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 2004 [2000].
- Grenier, Christophe, *Conservación contra natura. Las islas Galápagos*, Quito, Abya-Yala / France Cooperation / IFEA / IRD / UASB-E, 2007 [2000].
- Gordillo, Jacinto, *Manuel Julián Cobos-Historia de un pionero*, San Cristóbal, Alcaldía de San Cristóbal, 1987.
- *Relatos de 44 años en Galápagos*, Quito, Abya-Yala, 2a. ed., 2000 [1998].
- Idrovo, Hugo, *Galápagos. Huellas en el paraíso*, Quito, Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 2005.
- Latorre, Octavio, *Manuel J. Cobos, Emperador de Galápagos*, Quito, Fundación Charles Darwin para las islas Galápagos, 1991.
- *La maldición de la tortuga. Historias trágicas de las islas Galápagos*, Quito, ed. del autor, 2a. ed., 1992 [1987].
- *Thomás de Berlanga y el descubrimiento de Galápagos*, Quito, Nina Comunicaciones, 1996.
- *El hombre en las islas Encantadas. La historia humana de Galápagos*, Quito, FUNDACYT, 1999.
- *San Cristóbal y su historia*, Quito, Publiediciones, 2010.
- Martí, José, «Nuestra América», citado por Roberto Fernández Retamar, en *José Martí. Páginas escogidas*, t. I, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971 [1891].
- Muratorio, Blanca, *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 1994.
- Naveda, Bolívar H., *Galápagos a la vista*, Quito, Últimas Noticias, 1950.
- Núñez S., Jorge, y Luisa V. Rodríguez, *Galápagos*, Quito, Científica Latina, 1983.
- Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Revista de Occidente, 6a. ed., 1960 [1914].
- Ospina, Pablo, *Galápagos, naturaleza y sociedad. Actores sociales y conflictos ambientales en las islas Galápagos*, Quito, CEN / UASB-E, 2006.
- Ospina, Pablo, y Bernardo Ortiz, «Crecimiento económico o sustentabilidad, ese es el dilema», citado por Pablo Ospina y Cecilia Falconí, edit., en *Galápagos. Migraciones, economía, cultura, conflictos y acuerdos*, Quito, CEN / UASB-E / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2007.
- Parque Nacional Galápagos, *Plan de Manejo. Un pacto por la conservación y el desarrollo sustentable del Archipiélago*, s.l., s.e., 2006.

- Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997 [1992].
- Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, Guayaquil, Ariel, 1973 [1845].
- Soler, Isabel, *El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno*, Barcelona, Acantilado, 2003.
- Strauch, Dore, *Satan come to Eden*, Londres, Jarrolds Limited, 1935.
- Sylva, Paola, «Las islas Galápagos en la Historia del Ecuador», citado por Enrique Ayala Mora, edit., en *Nueva Historia del Ecuador*, Ensayos Generales I. Espacio, población, región, vol. 12, Quito, CEN / Grijalbo, 1992.
- Vintimilla, María Augusta, «El pensamiento poético de Efraín Jara Idrovo», en *El mundo de las evidencias, obra poética, 1945-1998*, Quito, Libresa / UASB-E, 1998.
- Wittmer, Margret, *Floreana Lista de Correos*, Barcelona, Juventud, 4a. ed., 2000 [1936].

Entrevistas

- Alcarás, Edwin, «El capitalismo es posible solo sacrificando la vida: [Bolívar] Echeverría», en *El Comercio*, Quito, 4 de agosto de 2007, cuaderno 3, p. 29.
- Cordero, Edgar, «Para escribir, yo [Efraín Jara Idrovo] solo necesito de la soledad», en *El Comercio*, Quito, 18 de febrero de 2007, sección 7 días, p. 4.
- Mafía-Bustamante, Cecilia, «La difícil tarea de la erradicación del machismo: una entrevista con Alicia Yáñez Cossío», en *Grafemas*, s.l., febrero de 2007, <http://www.utpa.edu/dept/modlang/grafemas/febrero_07/mafia.html>.

ANEXO

Obras sobre Galápagos: narrativa, poesía, testimonios, relatos de viaje, leyendas, tradiciones isleñas e historia

En narrativa

- Alemán, Gabriela, «Bautizo», en *Álbum de familia*, Guayaquil, Cadáver Exquisito, 2012, 3a. ed., p. 7-23.
- «Veraneo», en *Álbum de familia*, Guayaquil, Cadáver Exquisito, 2012, 3a. ed., p. 24-44.
- Armandi, André, *El tesoro de las islas Galápagos*, Madrid, Aguilar, 1929.
- Balra, Seymour L. (Vicente León Castillo), *Isabela. «(Albemarle)»*, Guayaquil, CCE, Núcleo del Guayas, 1981.
- Basantes, Andrés, *El bailarín disléxico*, Puerto Baquerizo Moreno, CCE, Núcleo de Galápagos, 2007.
- Brezieres, Maurice, *Floreana, paraíso infernal (Un rincón de las islas Encantadas)*, Guayaquil, Empresa Publicitaria Amazonas, s.a.
- Casares, Olivia, «Un lobo marino se queda sin hogar», en Eugenia Viteri, comp., *Antología básica del cuento ecuatoriano*, Quito, Señal, 6a. ed., 1999, p. 345-349.
- Cobo Martínez, Mauricio, *Encantadas*, Puerto Villamil, A Ed., 1994.
- Cuvi, Nicolás, *El misterioso reloj de Darwin*, Puerto Ayora, Fundación Charles Darwin, 2010.
- Darnton, John, *El secreto de Darwin*, Barcelona, Planeta, 2008 [2005].
- Durán Arias, Jaime, *La colonia penal. El muro de las lágrimas*, Quito, Sociedad de Egresados del Instituto Nacional de Policía, 1998.
- Luje, Blas, *Galacuentos*, s.l. [Puerto Baquerizo Moreno], Aries, s.f.
- Iturralde, Edna, *Las islas donde nace la luna*, Quito, Norma, Colección Torre de Papel, 2007.
- Rojas, Ángel F., «Las sirenas de las islas Galápagos», en *Un idilio bobo*, Quito, Libresa, 1996 [1946], p. 247-265.
- Vasco, María Dolores, *Cuentos de autores galapagueños. Ier. Taller Literario Gobierno Provincial de Galápagos. Período 2005-2009*, Quito, Fraga, 2009.

En poesía

- Becerra Hernández, Edy Bismark, *Vida, naturaleza y amor*, Quito, PH Ed., 2009.
- Carrión, Fanny, «Visión de las islas», en *Galápagos Historia y Poesía*, Quito, Ministerio de Educación y Cultura. Subsecretaría de Cultura, 1985, p. 10-23.
- Chilán, Diego, *Con las arenas de mis sueños*, Puerto Baquerizo Moreno, inédito, 2007.
- Cisneros, Antonio, *Un crucero a las islas Galápagos*, Lima, Peisa, 2005.
- De Olmedo, José Joaquín, «Oda» [composición en francés, traducida por José Mascote, alusiva al primer proyecto de colonización de Floreana, en 1832], citado en Octavio Latorre, *El hombre en las islas Encantadas. La historia humana de Galápagos*, Quito, FUNDACYT, 1999, p. 413 y s.

Moreno Heredia, Eugenio, *Baltra. Poesía*, Cuenca, CCE, Núcleo del Azuay, 1960.
 Samaniego Salazar, Filoteo, «El cuerpo desnudo de la tierra. (1973)», en *Filoteo Samaniego Salazar*, Quito, CCE, 2006, p. 199-217.
 Samoilovich, Daniel, *Las encantadas*, Barcelona, Tusquets, 2003.

Testimonios

Andagana Yaucha, Miguel, *Bitácora sin destino*, Quito, s.e., 2007.
 Angermeyer, Johanna, *My father's Island*, Sussex, Pelican Press, 2a. ed., 2003 [1989].
 Castillo, Blanca, et al., en Pablo Ospina, comp., *Desde las islas Encantadas. Historias de vida de colonos en Galápagos*, Quito, CEN / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 2005.
 Gordillo, Jacinto, *Relatos de 44 años en Galápagos*, Quito, Abya-Yala, 2000 [1998].
 Guerrero Paz y Miño, Patricia, *Aventura en «El Intrépido» 77 días a la deriva*, Puerto Ayora, [H. Consejo Provincial de Galápagos], 2001 [1999].
 Zurita, Marco, *Desempolvando el pasado*, Puerto Baquerizo Moreno, Publipress, 2007.

Relatos de viaje

Borja Álvarez, Aída, *Mi visión del archipiélago*, Quito, CCE, 1963.
 Rodríguez Monegal, Emir, «Diario de las islas Galápagos» [1978], en *Letras libres*, s.l., agosto 2006, tomado de la revista *Vuelta*, disponible en internet.

Compilaciones de leyendas y tradiciones isleñas

Freire, Enrique, *Leyendas de Chatam*, Quito, CCE, 1993.
 Vanegas León, Brenda, *Leyendas y tradiciones de Galápagos, en la cultura y literatura como expresión popular*, Quito, CCE, 1998.
 Guerrero, Ana Mireya, «Galápagos: Identidad Cultural», DVD, Quito, Ministerio de Cultura, febrero de 2009.

Historia

Idrovo, Hugo, *Baltra-Base Beta. Galápagos y la Segunda Guerra Mundial*, Quito, Ministerio de Cultura, 2008.
 Maldonado, Víctor M., *Galapagueños a modo de memorias*, s.l. [Guayaquil], s.e., s.f. [2010].

Obra de teatro

Salinas Guerrón, Lino Amílcar, *Manuel Julián Cobos*, Lino Salinas, director, Centro Internacional de Convenciones Charles Darwin, Puerto Baquerizo Moreno, presentación auspiciada por el Gobierno Provincial de Galápagos, 29 de agosto de 2009, 80 minutos.

Crónica

Danubio, Dédalo [Basantes, Andrés], *El paseo que no hizo Darwin. Crónica de un 7 de febrero*, Puerto Baquerizo Moreno, CCE, Núcleo Galápagos, 2011.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la Subregión en América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, una sede nacional en Quito, Ecuador, una sede local en La Paz, Bolivia, y una oficina en Bogotá, Colombia.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. En ese año la Universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, el que fue ratificado por la legislación ecuatoriana vigente. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Universidad Andina Simón Bolívar

Serie Magíster

- 104** Luis Onofá, HUELLAS DEL DISCURSO DE CORREA EN LOS MERCADOS DE QUITO: el caso de la Constituyente de 2008
- 105** Alex Valle, EL AMPARO COMO GARANTÍA CONSTITUCIONAL EN EL ECUADOR
- 106** Miguel Ruiz, CRISIS ESTATAL Y LUCHA DE CLASES EN LA VENEZUELA CONTEMPORÁNEA
- 107** Antonio Jaramillo, EL CANON EN DOS SALONES DE ARTE DEL QUITO CONTEMPORÁNEO
- 108** Cristina Burneo, AMISTAD Y TRADUCCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN BIOGRÁFICA DE ALFREDO GANGOTENA
- 109** Ángel Velásquez, ECUADOR Y LOS TEMAS DEL NUEVO DERECHO DEL MAR
- 110** Edgardo Pérez Morales, NATURALEZA, PAISAJE Y SOCIEDAD EN LA EXPERIENCIA VIAJERA: misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII
- 111** Jorge Luis Carrión Benítez, LOS TRIBUTOS PARAFISCALES EN LA COMUNIDAD ANDINA
- 112** María del Pilar Mora, DESDE LA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA HACIA UN PROYECTO DESCOLONIZADOR
- 113** Juan Pablo Cadena, CRISIS PETROLERA E IMPERIALISMO: la política de seguridad energética de Bush y sus implicaciones para Latinoamérica
- 114** Christian Masapanta, JUECES Y CONTROL DIFUSO DE CONSTITUCIONALIDAD: análisis de la realidad ecuatoriana
- 115** Mary Ivers, POEMAS A COLORES: memoria e identidad indígena en la pintura de Tigua
- 116** Sebastián López, DEL AMPARO A LA ACCIÓN DE PROTECCIÓN: ¿regulación o restricción a la protección de los derechos fundamentales?
- 117** María Dolores Vasco Aguas, LAS GALÁPAGOS EN LA LITERATURA

Las Islas Encantadas han sido ampliamente examinadas por las ciencias naturales desde que Charles Darwin las visitó en 1835. Los estudios en ciencias sociales sobre estas singulares islas ecuatorianas se han profundizado a partir de las últimas décadas del siglo XX; sin embargo, pese a la existencia de un significativo corpus, no ha existido un análisis desde la literatura que sistematice cómo este archipiélago del Pacífico sur ha sido percibido por quienes lo han habitado o visitado y que, además, han plasmado sus experiencias y apreciaciones en poemas, cuentos, novelas, crónicas de viaje, testimonios y ensayos.

Tras una contextualización sociohistórica y cultural de las Galápagos, esta investigación plantea que existen dos perspectivas de representación literaria isleña: la visión romántica, que contempla la soledad, el mar, el basalto y la mansedumbre, y que interpela la dicotomía civilización-barbarie; y la visión que se mueve entre lo infernal y el proyecto utilitario, que ubica a la ensoñación industrial como única forma de entender las relaciones entre seres humanos y la de estos con la naturaleza, ausente de cuestionamiento ético-ambiental alguno. Finalmente, este estudio exhorta al *ethos* romántico humano para generar una alternativa frente al dominante ideal de progreso, vigente en el trance continentalizador-tecnificador-prosificador de Galápagos: y del planeta entero.



María Dolores Vasco Aguas (Quito, 1983) es Licenciada en Ciencias de la Educación, con menciones en Psicología Educativa y Orientación (2006) y en Lengua y Literatura (2007), por la Universidad Central del Ecuador, Quito. En 2008 obtuvo el título de Magíster en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana, por la Universidad Andina Simón Bolívar. Como producto de un taller literario realizado en 2008, ha publicado Cuentos de autores galapagueños (Quito, Fraga, 2009). Ha trabajado como educadora, investigadora cultural y analista de proyectos sociales en instituciones públicas y privadas de Quito y Puerto Baquerizo Moreno.

ISBN: 978-9978-84-596-7



9789978845967